

EVANGELIZACION de la CULTURA

(Encuentro en Sumaré, Río de Janeiro
9-11 septiembre 1985)

CONSEJO EPISCOPAL LATINOAMERICANO
- CELAM -

NOTA PRELIMINAR

Desde el 9 al 11 de septiembre del corriente año 1985, tuvo lugar en Río de Janeiro un encuentro sobre EVANGELIZACION Y CULTURA. Fue auspiciado por el Consejo Pontificio de la Cultura, de la Santa Sede y preparado por el CELAM. Los Presidentes de ambos organismos, Cardenal Paul Popupard y Monseñor Antonio Quarracino, respectivamente, tuvieron a su cargo las ponencias. Ambas son publicadas en este volumen. También están incluidas las "Conclusiones" que resumen el diálogo de los participantes en torno al tema.

EL ENCUENTRO DE LA IGLESIA CON LAS CULTURAS ACTUALES

1. Juan Pablo II: "Abran todos los ámbitos de la cultura a Cristo"

El Santo Padre ha querido crear el Pontificio Consejo para la Cultura, manifestando desde el comienzo un interés personal por el trabajo que se ha de realizar y presentando también iniciativas personales dentro de este campo. La semana anterior pasé tres días junto al Santo Padre y con veintitres representantes de la cultura provenientes de todo el mundo, durante un coloquio sobre la cultura que se desarrolló en Castelgandolfo. Allí tuve la oportunidad de recordarle al Santo Padre —habíamos hablado anteriormente de esto—, la realización de esta reunión. Me alentó mucho y me pidió que les trajese a todos ustedes su saludo fraterno y su afectuosa bendición, más pormenorizada en un telegrama que en su nombre envió el Cardenal Casaroli.

2. Carta autógrafa del Santo Padre, del 20 de mayo de 1982

El 20 de mayo de 1982, con una carta autógrafa dirigida al Cardenal Secretario de Estado, Cardenal Agostino Casaroli, el Santo Padre creó el Pontificio Consejo para la Cultura. Al dar este pormenor, que se trata de una carta autógrafa, quiero mostrar que, según el estilo de la Curia,

eso significa la voluntad explícita del Papa de dar al mismo tiempo la mayor publicidad y la mayor importancia a un acontecimiento de su pontificado. Fue el resultado de un largo camino que ya se había iniciado, como suele suceder en la Iglesia, en el pontificado precedente. Fuí, en aquel entonces, colaborador del Papa Pablo VI, el cual, por ser también él un hombre de cultura y al contemplar, como se expresa en *Evangelii Nuntiandi*, la ruptura entre el Evangelio y la cultura, dio los primeros pasos en tal sentido. Luego, el Santo Padre, apenas fue elegido Papa, durante su primera manifestación al mundo, quiso expresar —lo he recordado hace unos momentos— su ansia apostólica, con ese grito que se ha hecho famoso: “Abran a Cristo los vastos ámbitos de la cultura”. Después él mismo quiso, renovando una antigua costumbre que había caído un poco en desuso, convocar a los Cardenales de la Santa Romana Iglesia y durante dicha reunión presentó tres temas para la reflexión, uno de los cuales era el de la cultura. Hablando a los Cardenales, se expresó así: “Nuestro trabajo apostólico alcanza la dimensión de la cultura (en su texto subraya **alcanza la dimensión de la cultura**), que, por su particular especificidad, condiciona de modo distinto la evangelización, la catequesis, la misión cristiana de la familia, etc. Si la orientación de la Sede Apostólica —prosigue Juan Pablo II—, debe encaminarse en una dirección pastoral, entonces quiere decir que no puede faltar un organismo que discierna los contextos culturales y busque un contacto con ellos”. Dicho con otras palabras, aquello fue un modo de tomar conciencia, que el Santo Padre quiso participar a sus hermanos Cardenales de la Santa Romana Iglesia, provenientes de todo el mundo, sobre la dimensión de la cultura, que por su particular especificidad condiciona la evangelización, la catequesis y la misión cristiana de la familia. Por lo tanto no se trata de una opción, de algo un poco marginal, de una moda de ahora. ¡No! Condiciona de modo específico hasta el punto de que para El, dado que la orientación de la Santa Sede es pastoral, no puede dejar de haber un organismo que discierna los contextos culturales y busque un contacto con ellos. Creo que lo que el Papa dice con respecto a la Sede Apostólica, también puede decirse ya sea del CELAM, ya sea de cada una de las Conferencias

Episcopales. Si la orientación del CELAM debe tener una dirección pastoral —y esto resulta evidente—, entonces no puede faltarle un organismo que discierna los contextos culturales y busque un contacto con ellos.

3. “El diálogo de la Iglesia con las culturas es un campo vital” (Juan Pablo II)

El 20 de mayo de 1982, es decir, hace ya tres años, el Papa dijo lo siguiente: “Desde el principio de mi pontificado, considero que el diálogo de la Iglesia con las culturas de nuestro tiempo es un campo vital, en el cual está en juego el destino del mundo, en lo que queda de este siglo”. Sin querer hacer exégesis o hermenéutica —no hemos venido aquí para eso—, deseo subrayar cómo, ya en las primeras palabras, encontramos algo fundamental: “Desde el principio de mi pontificado”.

¿De qué se trata? De diálogo. No habla de la cultura, sino de las culturas, lo cual está significando ese tomar conciencia acerca de un fenómeno del mundo moderno que se extiende entre muchas culturas y desde allí abre el pensamiento al destino del mundo. El Papa al hablar de cultura tiene siempre como una doble visión; tal como lo hicieron los Padres Conciliares, hace veinte años, durante el Concilio Ecuménico Vaticano II: la Iglesia **ad intra** y la Iglesia **ad extra**. Para la Iglesia **ad intra**, el horizonte de la cultura es fundamental para su apostolado y para la Iglesia **ad extra**, la cultura hace las veces de puente entre la Iglesia y el mundo, y dado que sirve al hombre no puede dejar de interesarse por la cultura. ¿Por qué? Porque quien dice cultura dice hombre. El Papa afirma en su carta que, al fundar este organismo, tiene conciencia de contribuir a la realización del Concilio y —me parece importante destacar esto— con el fin de promover los grandes objetivos que el Concilio Ecuménico Vaticano II se propuso a propósito de las relaciones entre Iglesia y cultura. El Concilio, en efecto, ha subrayado, dedicándole una entera sección de la Constitución Pastoral **Gaudium et Spes**, la importancia fundamental de la cultura para el pleno desarrollo del hombre; las múltiples relaciones entre el mensaje de la salvación y la cultura; el recíproco enriquecimiento entre la Iglesia

y las diversas culturas, en la comunión histórica con las distintas civilizaciones, como así también la necesidad de que los creyentes comprendan a fondo el modo de pensar y de sentir de los otros hombres contemporáneos y cómo se expresan a través de las respectivas culturas.

Y el Papa se refiere al tan conocido capítulo de la *Gaudium et Spes*, parágrafos 53 a 62. De suyo, es una novedad absoluta en la historia de la Iglesia que un Concilio Ecuménico haya dedicado un entero capítulo de un documento conciliar a la cultura y, además leído en clave de diálogo recíproco; es decir que la Iglesia, como lo recuerda el Santo Padre, no sólo tiene conciencia de aportar algo a la cultura del hombre, sino que lo necesita para el cumplimiento de su misión.

4. *Evangelii Nuntiandi*

Otro paso: *Evangelii Nuntiandi*. Cito al Santo Padre: "Tras las huellas del Concilio, la sesión del Sínodo de los Obispos en el otoño de 1974, ha tomado clara conciencia del papel que corresponde a las distintas culturas en la evangelización de los pueblos, y mi predecesor Pablo VI, recogiendo el fruto de sus trabajos en la Exhortación Apostólica *Evangelii Nuntiandi* declaró: "El Evangelio, y por consiguiente la evangelización, no se identifican ciertamente con la cultura y son independientes con respecto a todas las culturas. Sin embargo, el reino que anuncia el Evangelio es vivido por hombres profundamente vinculados a una cultura, y la construcción del Reino no puede por menos de tomar los elementos de la cultura y de las culturas humanas. Independientes con respecto a las culturas, Evangelio y evangelización no son necesariamente incompatibles con ellas, sino capaces de impregnarlas a todas sin someterse a ninguna". Me parece que en la *Evangelii Nuntiandi* tenemos precisamente el horizonte, la problemática de nuestra pastoral para la cultura, es decir la capacidad de impregnar las culturas sin someterse a ninguna de ellas. Es interesante conocer cómo se realizó el proceso de la *Evangelii Nuntiandi*, que recogió los trabajos del Sínodo de los Obispos. El Santo Padre me decía una vez: —Es necesario volver siempre a ese Sínodo

de los Obispos de 1974, que realizó este discernimiento sobre la evangelización de las culturas—. Y luego, el Papa, en la Constitución Apostólica *Sapientia Christiana*, sobre las Universidades Católicas, ha querido, en el prólogo —todos saben que la Constitución estaba ya lista y firmada por los dos Papas anteriores, Pablo VI y Juan Pablo I, y que Juan Pablo II quiso, antes de promulgarla, volver a insistir sobre la dimensión cultural.

5. El Papa en la UNESCO

Y así llegamos al momento importante de la visita del Santo Padre a la UNESCO, el 2 de junio de 1980, en París. Tuve la gracia de poder estar presente en medio de tantos hombres de la cultura y del pensamiento, católicos, cristianos, no cristianos, no creyentes, agnósticos, y recuerdo que en la gran sala de la UNESCO, en la Place de Fontenoy de París, hubo un momento de emoción extraordinaria cuando el Papa exclamó: "Ilustres señoras y señores, pensando en todas las culturas del mundo, lleno de admiración, grito: *Ecce homo*". Fue entonces cuando se expresó en el auditorio como una emoción contenida y advertí que el discurso del Santo Padre fue interrumpido veinticuatro veces por los aplausos, incluido el momento en el que dijo: "Hablo como Obispo de Roma y también como hijo de una nación que no ha podido sobrevivir ante sus vecinos, que la hicieron desaparecer hasta del mapa, sino a través de la cultura". Y prosiguió diciendo: "incluso cuando un poder cree poder suprimir la expresión cultural de la religión, es un hecho histórico que aquella se prolonga por vías subterráneas antes de aflorar nuevamente". Recuerdo que el poeta Pierre Emmanuel, que estaba a mi lado, me dijo: *ca, c'est fort!* Por lo tanto, el discurso de la UNESCO es muy importante, como he insistido al principio de mi librito sobre Iglesia y Culturas, *Eglise et Cultures*, porque en él se proclamó lo siguiente: "el hombre vive una vida verdaderamente humana gracias a la cultura. "Y así llegamos a la frase definitiva: "la relación fundamental del Evangelio, es decir del mensaje de Cristo y de la Iglesia con el hombre en su humanidad misma, es creador de cultura en su mismo fundamento".

6. "La relación constitutiva del Evangelio con el hombre" (Juan Pablo II).

Para nosotros pastores es muy importante, es una relación constitutiva del Evangelio con el hombre. El Evangelio que revela al hombre su dimensión plena, cuando es recibido, no puede dejar de ser creador de cultura. Así se expresa el Papa en su carta autógrafa del 20 de mayo de 1982, por medio de la cual crea el Pontificio Consejo para la Cultura —cito siempre esta frase porque es muy programática—. "la síntesis entre cultura y fe no es sólo una exigencia de la cultura sino también de la fe; es decir que una fe que no se hace cultura es una fe que no ha sido plenamente recibida, no enteramente pensada, no fielmente vivida". Estas tres afirmaciones son muy fuertes. La fe que no se hace cultura es una fe que no ha sido plenamente recibida; es decir que la acogida fue superficial, como en la parábola del Evangelio, y luego llegan el viento, la tempestad y todo desaparece. En cambio, si la fe se transforma en cultura, es capaz de resistir hasta la invasión de la duda y de todas las causas ideológicas. No enteramente pensada: cultura es siempre un esfuerzo de reflexión, de maduración y de integración. No enteramente pensada y no fielmente vivida: volvemos a encontrar la prospectiva pastoral del Evangelio en la vida. Si el Evangelio se comprende verdaderamente con el pensamiento, se lo recibe con el corazón, debe producir frutos de vida.

7. "Construir la civilización del amor" (Pablo VI)

El Santo Padre continúa refiriéndose al famoso discurso de clausura del Concilio Ecuménico Vaticano, del 7 de diciembre de 1965, hace ya veinte años: "también nosotros —dijo Pablo VI— tenemos, más que nadie, el culto del "hombre". Somos cultores de la humanidad del hombre, y eso es cultura. Después, la carta del Papa cita el discurso de Pablo VI a las Naciones Unidas (4 de octubre de 1965): "la Iglesia es experta en humanidad, esa humanidad a la que 'ella sirve con amor'. Aquí vemos surgir una dimensión muy importante, que nos impide reducir la cultura a su aspecto intelectual, tentación muy seria ésta, porque algún pastor puede llegar

a decir que la cultura no le interesa "es algo para los intelectuales". ¡No! La cultura es un hecho global del hombre. El amor es una gran fuerza escondida en el corazón de las culturas, que impulsa a superar su finitud irremediable, abriéndose hacia Aquel que es para ellas Fuente y Término, y para darles, cuando se abren a la gracia, un enriquecimiento de plenitud. Con otras palabras, es el amor que está en el corazón de las culturas, porque las culturas son la expresión de la humanidad del hombre, de este hombre que es fruto del amor, que tiene la vocación del amor, como afirmaba Pablo VI, pidiéndole al mundo que construya la "civilización del amor". Es ese amor el que les permite a las culturas no cerrarse sobre ellas mismas, porque ésta es también una enseñanza de la historia, una cultura que se clausura en sí misma, que no es una cultura abierta, muere, pasarán siglos, pero al final se agota.

8. La cultura, nuevo campo de evangelización

Y después el Papa, en su discurso, habla del desarrollo de los pueblos, es decir, de las condiciones de la construcción del mundo y se refiere, no al azar, a su discurso de Hiroshima, del 25 de febrero de 1981. He sido testigo, también la semana pasada en Castelgandolfo, de lo que el famoso científico Prof. Carl Friedrich von Weizsäcker evocó, ante los participantes del Coloquio interdisciplinar con el Papa, sobre la crisis y el horizonte dramático de la cultura de nuestro tiempo, o sea, el horizonte de Hiroshima. El Papa, en Hiroshima, quiso recordar que la construcción de una humanidad más justa no es un sueño, sino un imperativo moral, que puede alcanzarse utilizando todos los recursos técnicos y culturales del hombre.

La última dimensión que el Santo Padre ha querido subrayar en el documento de creación del Pontificio Consejo para la Cultura es la de nuestro método de trabajo y su horizonte ilimitado. "El Consejo —dice el Santo Padre— procurará sus propias finalidades, con espíritu ecuménico y fraterno, promoviendo también el diálogo con las religiones no cristianas y con individuos o grupos que no se vinculan con ninguna religión en la búsqueda

conjunta de una comunicación cultural con todos los hombres de buena voluntad". Es decir que este trabajo deberá realizarse con la máxima apertura, sin excluir a nadie. En efecto, la semana pasada, en Castelgandolfo, entre los veintitres participantes había católicos, luteranos, protestantes, hebreos, agnósticos. Cuando la Iglesia dialoga con el mundo de la cultura dialoga con todos, permaneciendo ella misma, en su identidad profunda. Así nos encontramos, si es que puedo expresarme de este modo, con lo que la cultura es, en nuestro tiempo, un nuevo campo de evangelización. El descubrimiento de que la cultura es el horizonte de la vida del hombre, si contemplámoslos, como harán ustedes en estos días, nuestras propias culturas, las tendencias de las culturas de cada una de las naciones a las cuales pertenecen, es para nosotros un verdadero desafío para la evangelización.

9. Ocho fines del Pontificio Consejo para la Cultura

Animados por el Santo Padre, en el Pontificio Consejo para la Cultura hemos querido encaminarnos en las ocho direcciones enumeradas en su carta y hemos comenzado por el **testimonio**. Me parece, a tres años de distancia, que este es un fin que se presenta claro a todos: testimoniar ante la Iglesia y el mundo el interés de la Iglesia por la cultura y el diálogo de las culturas y el encuentro con el Evangelio. Esta función simbólica es importante en sí misma, tanto a nivel continental como al de las Conferencias Episcopales. Pienso que la creación de un organismo, de un departamento, es ya un signo, es un símbolo capaz de manifestar a todos dicho interés.

La segunda finalidad del Pontificio Consejo para la Cultura es participar en todas las preocupaciones culturales de los Dicasterios de la Santa Sede, es decir que también allí se puede establecer una comparación con las Conferencias Episcopales: descubrir cómo la cultura es el horizonte necesario que condiciona la acción de todas las iniciativas pastorales, como decía el Santo Padre a los Cardenales, ya se trate de la evangelización, de la catequesis, de la pastoral familiar.

Tercero, dialogar con las Conferencias Episcopales —y en eso estamos—, también con el fin de beneficiar a toda la Iglesia con las investigaciones, iniciativas, realizaciones y creaciones que permiten a las Iglesias locales una activa presencia en el propio medio cultural. No sé si todos ustedes conocen nuestro pequeño boletín: **Iglesia y Culturas**, que ya ha publicado sus tres primeros números, en tres ediciones —la española, **Iglesia y Culturas**, la inglesa **Church and Cultures**, la francesa, **Eglise et Cultures**. Espero que dentro de un mes o dos tendremos el número siguiente. Este Boletín presenta la organización del trabajo, las directivas del Santo Padre y las primeras iniciativas que hemos tenido en el mundo, es decir, diversos coloquios. **Das Europäische Erbe und seine Christliche Zukunft**, en Munich, fue el primer coloquio de nivel europeo. Hemos tenido otro aquí, del que surgió también el volumen sobre **Antropología y praxis en el pensamiento de Juan Pablo II**; hemos tenido un tercero en los Estados Unidos sobre **Church and Cultures**, veinte años después del Concilio y ahora se prepara otro encuentro, que se desarrollará en Bangalore, en Asia, sobre el encuentro de culturas en la India. Después habrá otro en Japón. Se trata de estar paulatinamente presentes en todo el mundo.

Cuarto fin: colaborar con las organizaciones internacionales católicas, es decir con las OIC universitarias, históricas, filosóficas, teológicas, científicas y artísticas para promover la recíproca cooperación. Esta breve enumeración, de la ciencia hasta el arte, demuestra la voluntad de participar en tantas cosas, en tantos órdenes como existen en el mundo, y entre ellos el arte. Es frecuente preocuparse por la universidad, y eso es justo, pero no debemos olvidar el arte que tiene una importancia fundamental para la cultura religiosa de nuestros pueblos. Cuando viajo de un país a otro, descubro de qué modo la sensibilidad, la piedad, la cultura religiosa se diferencian entre sí, por el hecho de que el arte se haya orientado hacia una u otra dimensión del misterio de Cristo, de la Santísima Virgen, de los santos. Es verdad que existe ya todo un trabajo muy importante iniciado por Pablo VI, se sentía la angustia de la ruptura existente entre la Iglesia y los artistas. Recordarán que convocó a los artistas a un famoso encuentro en la

Capilla Sixtina, donde públicamente les pidió perdón a los artistas modernos, en nombre de la Iglesia, por haberse apartado de ellos. Y quiso dar él mismo un paso significativo al encargar a Nervi, el más grande de los arquitectos italianos, la gran sala moderna de las audiencias en el Vaticano.

Quinto: seguir la actividad de los organismos internacionales: UNESCO, Consejo de Europa y otros, que se ocupan de la filosofía de las ciencias, las ciencias del hombre y el amplio campo de la educación.

Sexto: seguir la política y las actividades culturales de los distintos gobiernos del mundo, pues hemos visto que en todo el mundo se crean ministerios de la cultura, aún cuando no siempre con la visión desinteresada de la Iglesia, pues a través de la encuesta que hemos realizado comprobamos que en algunos países, sin ningún reparo, se les da a estos ministerios el nombre de ministerios de la cultura y la propaganda.

Séptimo: facilitar el diálogo Iglesia-Cultura, en el nivel de organizaciones de artistas, especialistas, investigadores y estudiosos y promover encuentros significativos por medio de estos mundos culturales.

Octavo: y último: recibir en Roma a los representantes de la cultura, interesados en conocer mejor la actividad de la Iglesia en este campo.

10. El trabajo realizado a través del diálogo con las Conferencias Episcopales

He aquí el panorama de nuestro trabajo, que originó la consulta que han recibido, es decir la carta del 15 de febrero del año pasado, n. 1454. En dicha carta, enviada a todos los Presidentes de las Conferencias Episcopales —101 en este momento, en todo el mundo—, se recuerda lo que acabo de decir sobre la fundación del Consejo Pontificio. La carta concluye con tres planteos:

1. ¿Cuál sería el modo de tener una colaboración directa con la Conferencia episcopal?
2. ¿Cómo informarse sobre la actividad y la reflexión pastoral y facilitar la información entre las Conferencias Episcopales?
3. Progresar conjuntamente en la pastoral de la cultura a través de distintas Iglesias locales, y por último para facilitar la respuesta positiva a estos tres planteos, establecer el nombramiento de un miembro de cada una de las Conferencias, para que pueda ser el miembro correspondiente del Pontificio Consejo para la Cultura.

A un año de distancia, las respuestas de las Conferencias Episcopales han sido muy positivas, como lo podrán comprobar viendo en el boletín las primeras respuestas que hemos recibido.

Les pido disculpas por haberme prolongado quizás un poco, pero ha sido sólo para recordarles el panorama del trabajo, su finalidad pastoral e iniciar así el diálogo.

Les agradezco el haberme escuchado y pido, también por razones de eficiencia, a Su Excelencia Monseñor Quarracino que asuma la dirección efectiva del trabajo.

Continúa Monseñor Quarracino y propone enviar un telegrama de saludo al Santo Padre. Luego hacen uso de la palabra otros participantes, y retoma la palabra el Cardenal Poupard:

11. La estructura del Pontificio Consejo para la Cultura

Quizás pueda añadir una información sobre la estructura del Consejo, que antes no les dí. Por lo común se conciben todos los organismos de la Curia Romana de un modo unívoco; es decir, son o una Congregación, o un Secretariado, o un Consejo formado por una veintena de cardenales y obispos, a los que se suman unos cuarenta expertos. En cambio, el Papa, al crear este Pontificio Con-

sejo, ha querido, y lo dijo él mismo, darle una identidad específica, dada la originalidad de este nuevo organismo. Es decir que no lo constituye un conjunto de cardenales, arzobispos y obispos; sólo tres formamos un Comité de Presidencia, pero el Consejo en sí está formado por catorce miembros, prevalentemente laicos, elegidos en diversos campos culturales y provenientes de todo el mundo. Son miembros de este Consejo: P. Anawati, director del Instituto de Estudios Orientales del Cairo; representa por lo tanto, juntamente a Africa y a la cultura del mundo árabe. También representa a Africa, Mrs. Okoye, Presidente de las Mujeres Católicas de Nigeria, por el Africa anglófona. También es representante del Africa el Presidente Senghor, ex-jefe de estado de la República del Senegal; humanista, poeta y también miembro de la Academia de Francia, pues une en sí una doble cultura, la cultura de Casamance y la cultura francesa. Por América Latina, integran el Consejo, Carlos Chagas, director del Instituto de biofísica de Río de Janeiro y también presidente de la Pontificia Academia de las Ciencias, si tenemos en cuenta que las ciencias forman parte integrante de la cultura, y Alberto Wagner de Reyna, del Perú, filósofo, por su formación y sus estudios, vinculados a la UNESCO y a la Universidad de las Naciones Unidas de Tokio, a cuyo Consejo de Administración pertenece. Por América del norte, Theodore Hesburgh, rector de Notre Dame University, de Chicago, durante largo tiempo presidente de la FIUC (Federación Internacional de Universidades Católicas). Por el Asia, el Dr. Kinhide Musahkoji, del Japón, Vice-rector de la Universidad de las Naciones Unidas, y también la Señora Mary Braganza, de Bombay, India. Otros integrantes son Adriano Bausola, filósofo, nuevo rector de la Universidad Católica de Milán, Italia; Jean Larnaud, Secretario general del Centro Católico de Coordinación de los Católicos ante la UNESCO; Nikolas Lobkowicz, checo de nacimiento y alemán por residencia, antiguo rector de la Universidad Maximilian de Munich y actualmente rector de la Universidad Católica de la República Federal Alemana, en Eichstätt; Julián Marias, miembro de número de la Real Academia Española, filósofo, discípulo de Ortega y Gasset; Sir William Rees-Mogg, inglés, ex-director del **Time** y en la actuali-

dad vicedirector de la **BBC**, que aporta la presencia cultural de los medios de comunicación, y por último Jacek Wozniakowski, director de la Editorial Znak, de Cracovia, especialista en historia del arte, que representa al mismo tiempo las culturas del mundo eslavo y la disciplina antes mencionada.

Cardenal PAUL POUPARD
Presidente del Pontificio Consejo
para la Cultura

PARA UNA PASTORAL DE LA CULTURA

1. Introducción

Presentaré una serie de notas que no tienen la intención de constituir una orgánica exposición sobre el tema ni un estudio puntual sobre los diversos aspectos de la cultura y correspondiente evangelización. Tampoco se trata de una especie de claro organigrama pastoral. Son sencillamente algunos apuntes que pueden provocar el diálogo y, sobre todo, requieren ampliación y enriquecimiento.

Demos por supuesto el proceso que sobre el tema arranca en el Vaticano II, se profundiza en la "Evangelii Nuntiandi" y en Puebla toma el carácter de "opción pastoral de la Iglesia latinoamericana". Sabemos que sobra la importancia particular que le asigna Juan Pablo II; la creación del "Pontificio Consejo para la Cultura" es sin duda la prueba más evidente.

Los conocidos discursos y referencias al tema por parte del Santo Padre constituyen un rico material para una meditada reflexión sobre la cultura y su pastoral. Las páginas de Puebla serían para nosotros una referencia insoslayable, imprescindible, para la aplicación de aquella reflexión a nuestra concreta realidad latinoamericana.

Suponiendo la lectura de todo ello, anotemos lo siguiente.

Dice Puebla que la "Iglesia se siente llamada a estar presente con el Evangelio, particularmente en los períodos en que decaen y muere viejas formas según las cuales el hombre ha organizado. . . para dar lugar a nuevas síntesis. Es mejor evangelizar las nuevas formas culturales. . ." (D.P. 393). "Un criterio importante. . ." (D.P. 398). "La tarea de la evangelización de la cultura. . ." (D.P. 399). ¿Acaso no advertimos que estamos viviendo un tiempo de agotamiento de las vigencias culturales dominantes, secularistas y materialistas, que han orientado la "modernidad"? Se derrumban sus mitos y utopías. Cala la credibilidad de sus ideologías. La proclamada "muerte de Dios" desemboca en "muerte del hombre" a través de las "inclinaciones inhumanas" del humanismo immanentista, manifiestas en la desatada voluntad de poder y de dominio, en las idolatrías del placer y del dinero, en la explotación del hombre por el hombre, en la destrucción de la naturaleza, en el peligro de la autodestrucción humana por la potencia nuclear, etc. etc. emergen nuevas exigencias y necesidades el alma humana en la vida de las personas y de las naciones. Por eso, la evangelización de la cultura apunta hacia una "nueva civilización". El alba del tercer milenio, el medio milenio de América Latina, exigen repensar perspectivas vastas y radicales de refundación civilizadora.

La perspectiva de la evangelización de la cultura se conjugó y anudó necesariamente en América Latina con una mayor autoconciencia histórica, con una recuperación de la propia tradición, con un mayor arraigo en la identidad, sabiduría y "ethos" de los pueblos y naciones del continente. Se superaron visiones restrictivas, como aquellas procedentes de un mero sociologismo estadístico o en el uso de categorías extremadamente genéricas —como subdesarrollo, dependencia, pobres—. Estas fueron complementadas y ahondadas en Puebla desde la propia originalidad de la historia, de la tradición, de la cultura de los pueblos. Hay párrafos magníficos en Puebla al respecto (D.P. 4, 5, 6, 7, 200, 445 y 446). De donde la misión de la Iglesia se reformula como exigencia de revitalizar ese sustrato radicalmente católica, esa tradición cristiana, los valores cristianos que los pueblos llevan arraigados en su co-

razón, el ethos más profundo de su auténtica identidad. Por eso, en primer lugar la evangelización de la cultura pasa por un crecimiento en la fe del "catolicismo popular", ya que es entre los pobres y sencillos donde más se manifiestan los valores característicos de esa tradición y sabiduría cristianas. Pero esa revitalización debe también contemporáneamente enfrentar otros dos grandes desafíos. La religiosidad de su pueblo no ha tenido el crecimiento y vigor necesarios para expresarse en todos los campos de la cultura humana. Se vive en la contradicción entre los valores populares y cristianos de dignidad, fraternidad, justicia. . . y las estructuras de injusticia y opresión, las situaciones de violencia. . . Se vive también el divorcio entre la cultura popular y nacional de raigambre cristiana y la secularización de vastos sectores de las élites culturales dirigentes de la sociedad, con la consecuencia y riesgo de un resecamiento de esa tradición cultural y de la alienación de las élites. Hay que conjugar de modo nuevo tradición y progreso, cultura popular y la técnica, formas y expresiones de vida religiosa en las nuevas condiciones de la urbanización y de la industrialización de América Latina. La tradición y cultura cristianas de nuestros pueblos se ve desafiada por una parte, por los impactos de esa adveniente civilización universal de la ciencia y de la técnica dominada por las grandes potencias y sus ideologías secularizantes, y, por otra, por la difusión de las sectas. De allí lo que plantea Puebla (D.P. 342-345).

Es necesario trabajar en una pastoral de la cultura a un doble nivel, en formas orgánicas y entrelazadas, en fecundación mutua: la revitalización y crecimiento cristiano de la cultura popular, de la religiosidad popular, y la atención pastoral y misionera hacia aquellos sectores particularmente dedicados a la creación y difusión cultural, como los intelectuales y universitarios, artistas y educadores, científicos y tecnólogos, comunicadores sociales, etc. Si a nivel de la religiosidad popular hoy día existen esfuerzos catequéticos vigorosos —habiéndose completamente superado la iconoclastia de las expresiones de religiosidad que se vivió en el inmediato post-concilio, desde pautas teológicas e ideológicas secularizantes—, queda como frontera abierta y exigente de misión una auténtica pasto-

ral de intelectuales. Se trata de elites culturales que constituyen un medio social propia diversificado y en intenso proceso de socialización, que han sufrido con fuerza el impacto de la difusión de las ideologías, en muchos de cuyos ambientes se advierte un renovado interés y atención hacia la Iglesia, que cuenta con un peso cuantitativo y cualitativo creciente en los ejes determinantes del procesos de cambio cultural.

Puebla señala que muchas veces no han sido destinatarios ni sujetos de una auténtica atención pastoral y evangelizadora. Su aproximación pastoral exige contar con un mapa de condiciones en las que actúan tales sectores, una suerte de geopolítica de la inteligencia. A ese nivel la atención a las personas no puede dissociarse de una consideración de los sistemas sociales intelectuales (Universidades, laboratorios, editoriales, estudios cinematográficos, grandes medios de comunicación, teatros y cines, grandes empresas modernas, etc.) como lugares de evangelización. En especial, la Universidad continúa siendo una tierra de misión en América Latina. Está atravesada por profundos cambios y la reflexión pastoral es aun escasa. No bastan las Universidades católicas (ni cuando son efectivamente "católicas"!). Los movimientos universitarios católicos son casi inexistentes. En general predominan esfuerzos dispersos. Falta pastoral orgánica y misionera. El desafío es inmenso; necesitamos descubrir y alimentar vocaciones y energías cristianas en todos esos campos de la educación, del trabajo universitario, de la creación literaria y artística, de las comunicaciones, del quehacer científico. El retardo es muy grande y las ideas no abundan. Hay que sacudir las inercias. No en vano el mundo clerical está en general bastante alejado de esos medios intelectuales. Hay que generar nuevas formas de presencia, de escucha y diálogo, de reflexión y propuesta, en el orden pastoral y misionero.

2. Algunas sugerencias

Teniendo en cuenta lo que dijimos respecto a la cultura y la religiosidad popular señalo lo siguiente:

- 1) La Iglesia de América Latina debe actuar con mayor coherencia y creatividad cuanto Puebla señala en el campo de la evangelización de la cultura y de la religiosidad popular. Tiene que ser perspectiva central del trabajo pastoral, misionero, catequético de nuestras Iglesias. No un capítulo marginal sino una perspectiva y compromiso fundamental.
- 2) El cultivo y crecimiento cristiano de la religiosidad popular debe aun profundizarse y actuarse como estilo propio de toda evangelización eclesial en América Latina. La preparación del V Centenario es magnífica y providencial ocasión. Hay que continuar revalorizando y potenciando la acción de los Santuarios (con experiencias de comunicación y reflexión entre responsables de Santuarios). Deben valorizarse las fiestas patronales, las peregrinaciones y manifestaciones colectivas de esa piedad popular. La pastoral y devoción marianas resultan matriz fundamental para el cultivo y crecimiento de esa cultura cristiana en nuestras tierras. Hay que operar hacia un despliegue vigoroso de los valores cristianos de la dignidad, libertad, solidaridad, fraternidad, justicia en el ethos de los pueblos para la superación de todo divorcio entre fe y vida, para la alimentación de energías cristianas en la construcción de sociedad más humanas y fraternas. Hay que afirmar esa "soberanía cultural" de nuestros pueblos, por la vigorización de sus raíces cristianas, contra las seducciones ideológicas y la difusión de las sectas.
- 3) Es necesario que a nivel de cada diócesis y en el orden nacional se vaya elaborando y actuando una "pastoral de intelectuales". Para que esto funcione efectivamente resulta oportuno la creación de una Comisión o Sección o Departamento de "Cultura" en las estructuras diocesanas, o Comisiones episcopales en el nivel nacional. Si no existe un punto de referencia y un pequeño núcleo de reflexión y animación pastoral, se corre el riesgo de limitarse a los hábitos pastorales corrientes, a las urgencias inmediatas o a los esfuerzos aislados. Habría que comenzar por establecer un cierto "inventario" de los recursos intelectuales con los que se cuenta en los diversos campos del quehacer cultural. La Iglesia tendría que contar con lugares de convocación, de reunión, de expresión, de escucha y de diálogo, de animación para esos sectores intelectuales.

tuales. ¿quién reúne, por ejemplo, a los científicos cristianos para considerar problemas éticos... o a los artistas para expresar en el orden de la belleza las tradiciones, símbolos, ritos, etc. del pueblo cristiano... o a los literatos para considerar la presencia o ausencia de Dios en la actual poesía o novela nacional o latinoamericana... ¡Y en tantos otros campos!? Y no sólo hay que saber convocarlos y reunirlos, escucharlos y animarlos, sino también pedirles y darles tareas al servicio de la vida y misión de la Iglesia. Para eso, hay también que dar mayor envergadura o crear los centros o institutos culturales que sean capaces de realizar esa tarea. O promover aquellos movimientos eclesiales que tengan experiencia probada de creación cristiana en el campo de la cultura.

- 4) Hay que poner en comunicación la tradición cultural cristiana de los pueblos y naciones de América Latina con la doctrina social de la Iglesia. Para que los valores cristianos no se reduzcan a nivel de la vida personal y familiar, sino que fructifiquen también en todos los órdenes de la vida social y política; y para "arraigar" la doctrina social ante las necesidades y urgencias de desarrollo y de liberación de América Latina. En esa comunicación se gesta una auténtica "teología de la liberación", como respuesta de fe de los pueblos pobres y cristianos de América Latina, en torno a una "antropología integral" que se revela en el misterio de Cristo.

Es necesario revalorizar, en todos los niveles, en la Iglesia de América Latina, la disciplina del trabajo intelectual. Pasados ensalzamientos eufóricos de la "praxis", un militantisismo urgido e impaciente, la crítica muchas veces fácil al "intelectualismo", el descuido pastoral de instituciones culturales, las ideas-vacías de la retórica, las ideas-piedras de la violencia, los "slogans" soberbios y aburridos de las ideologías... Todo esto y más aún, generó límites y lagunas respecto de las exigencias de un pensar sistemático, riguroso, coherente, creativo, en nuestras Iglesias. Ciertamente, esa exigencia de pensar filosófico y teológico, se plantea, antes que nada, en la de formación sacerdotal. Es necesario que esa formación de los candidatos al sacerdocio no sea exclusivamente

"eclesiástica" y sepa comunicarse con el interés y amor por las manifestaciones culturales latinoamericanas en los órdenes artísticos, literarios, históricos, etc. En cuanto a los laicos, ya no se confía ingenuamente en una "formación en la acción", sino que ésta se recupera en el cuadro de una formación más orgánica, como lo demuestra la creación de un gran número de nuevas escuelas o Institutos de formación de los "agentes de pastoral", de "catequistas", de "ministros no ordenados", de "líderes laicales", etc.

Recuerdo, de paso, que el CELAM acaba de crear la Sección para la evangelización de la Cultura. Dios ha de querer que realice una fecunda labor, y con espíritu de servicio estimule, promueva y colabore con las Conferencias Episcopales.

Después de Puebla el CELAM realizó una Primera Semana de Intelectuales Católicos latinoamericanos y publicó dos densos volúmenes de contenido específicamente cultural: "Religión y Cultura" y "La Iglesia y la cultura latinoamericana".

Resulta fundamental continuar el intenso trabajo educativo y evangelizador que se realiza a nivel de las escuelas católicas. La escuela católica tendría que ser siempre más ese semillero de cristianos que cercen desde una síntesis cultural y vital permeada de espíritu cristiano, tal como lo señaló de modo excelente el documento "La escuela católica" de la Congregación para la Educación.

Deseo añadir algo más al respecto. La Iglesia, durante estos cinco siglos ha empeñado esfuerzos ingentes en el campo educacional. Negarlo es ceguera. Pero creo no errar si afirmo que falta realizar un esfuerzo de síntesis y profundidad que podría denominarse la "presentación de los fundamentos filosóficos y teológicos para la educación integral del hombre latinoamericano". Tanto eso es más urgente cuanto las reflexiones que se han realizado en torno al hombre latinoamericano han brotado en campos ajenos, cuando no contrarios, a la Igle-

sia y aún a la concepción cristiana del mundo, del hombre y de la vida.

Las universidades católicas tendrían que ser el pivote de una pastoral de la cultura y de los intelectuales, pero, en muchas situaciones, no logran serlo efectivamente. Se exige de ellas mayor nivel "cultural" y más arraigada e incisiva identidad católica en la convivencia universitaria, en su quehacer docente y de investigación, en su presencia nacional. También es importante dar mayor consistencia a la colaboración latinoamericana entre las Universidades católicas.

- 5) Repetidas veces se ha dicho que la cultura latinoamericana tiene un marcada carácter machista. Este dato debe ser tenido en consideración para una pastoral de la cultura. De hecho en el documento de Puebla el tema de la mujer, considerado sobre todo en su aporte a la evangelización tiene un relieve destacado. Un feminismo a ultranza no es la respuesta adecuada a los problemas y excesos de un machismo inaceptable. Por otra parte, la presencia y acción de la mujer en los diversos campos de la vida social urgen la presentación de una antropología cristiana femenina y de una labor pastoral-cultural de la mujer en sus diversos estratos y situaciones.
- 6) Me parece que en América Latina, habida cuenta de la escasez de los agentes de pastoral y de la carencia de personal especializado, para "animar" una pastoral de la cultura debe ser tenido muy en cuenta el mundo plural de la vida consagrada. Ha sido indicada la urgencia y necesidad del laicado, pero ello no excluye —más bien supone— la "animación" del religioso y de la religiosa; la animación y también la "actuación", sobre todo cuando se trata de institutos cuyo carisma de alguna manera está apuntando a lo cultural.

ANTONIO QUARRACINO
Obispo de Avellaneda
Presidente del CELAM

CONCLUSIONES

1. Fundamentos de la Pastoral de la Cultura

- 1.1 Entendemos por cultura el amplio contenido antropológico que presenta "Gaudium et Spes" al describirla en el número 53: "Con la palabra cultura se indica en general, todo aquello con que el hombre afina o desarrolla, en formas variadísimas, las facultades de su espíritu y de su cuerpo, con las que pretende someter a su dominio, con el conocimiento y el trabajo, incluso el orbe de la tierra; logra hacer más humana, mediante el progreso de costumbres e instituciones, la vida social, tanto en lo familiar como en todo el mecanismo civil; y finalmente consigue expresar, comunicar y conservar profundas experiencias y ambiciones espirituales en sus obras a lo largo de los tiempos, que puedan servir al beneficio de los demás, mejor dicho de todo el género humano".
- 1.2 Si bien es cierto que Evangelio y Cultura no se identifican, no es admisible su separación; antes bien, es tarea de la Evangelización "evangelizar —no de una manera decorativa, como un barniz superficial, sino de manera vital, en profundidad y hasta sus mismas raíces— la cultura y las culturas del hombre" (E.N. 20). Como afirmaba el Papa Pío XI, "la Iglesia civiliza evangelizando".

1.3 La cultura, como señala Puebla, abarca a todo el hombre y todos los hombres en sus diversas relaciones: "En la palabra cultura se indica el modo particular como, en un pueblo, los hombres cultivan su relación con la naturaleza, entre sí mismos y con Dios" (D.P. 386).

1.4 De tal manera la cultura es una apertura hacia Dios, que "lo esencial de la cultura está constituido por la actitud con que un pueblo afirma o niega una vinculación religiosa con Dios, por los valores o desvalores religiosos" (D.P. 389) pudiéndose afirmar con Juan Pablo II que "la síntesis entre cultura y fe no es sólo una exigencia de la cultura sino también de la fe. Una fe que no se hace cultura es una fe no plenamente acogida, no totalmente pensada ni fielmente vivida" (Carta autógrafa al Cardenal Casaroli).

2. Cultura Latinoamericana

2.1. Dentro del mosaico pluriforme en que vive y se desarrolla América Latina, se comprueba que las bases culturales de sus pueblos están profundamente impregnadas de espíritu católico, aunque sus estructuras políticas, económicas y sociales no correspondan siempre a ese espíritu.

2.2 Se comprueba también la fuerte presencia de ideologías ateas y de corrientes consumistas y hedonistas, expresiones tanto aquellos como éstas de un materialismo que está influyendo profundamente en la cultura latinoamericana.

2.3 Si la Iglesia no se ocupa en la Pastoral de la cultura, se llegará al divorcio total entre fe y vida.

3. Campos principales de acción de la Pastoral de la Cultura en Latinoamérica

3.1 Sin desconocer el concepto englobante de la Cultura que abarca todas las manifestaciones humanas, puede, sin embargo, indicarse algunos campos de ac-

ción en los cuales deberá enfatizarse la Pastoral de la Cultura:

- a) la religiosidad popular y sus manifestaciones;
- b) la educación, con énfasis en la universidad, tanto privada como estatal
- c) los medios de comunicación social;
- d) la Liturgia y la catequesis;
- e) el arte en sus diversas manifestaciones, plásticas, literarias y audiovisuales,
- f) las culturas autóctonas;
- g) la iluminación y superación de los conflictos sociales, a partir de la doctrina social de la Iglesia.

3.2 En general, deberá hacer una preocupación por:

- a) hacer emerger el sustrato "católico" (D.P. 412), e identificarlo y ponerlo de relieve en las expresiones populares
- b) hacer una relectura de la historia de América Latina desde un punto de vista propio y cristiano.

3.3 En la Pastoral de la Cultura hay que tener muy en cuenta **la presencia** dinámica de las Congregaciones religiosas.

Igualmente es de suma importancia que en la formación de los candidatos al sacerdocio se extienda a diversos aspectos las manifestaciones culturales.

4. Sugerencias para la creación de organismos nacionales para la Evangelización de la Cultura

4.1 Se recomienda la creación de un organismo nacional para la cultura bajo la responsabilidad de un obispo; o

bien que esta función sea encomendada a otro organismo ya existente en cada Conferencia Episcopal, como ha hecho el CELAM al unir "cultura" al organismo ya existente de la "no creencia".

4.2 Se sugiere la creación de organismos para la cultura por regiones, diócesis o ciudades de cada nación.

4.3 El mencionado organismo constará de 2 niveles:

a) Una comisión formada por personas competentes en los distintos campos de la cultura ella sería de carácter reflexivo y ejecutivo.

b) Un consejo formado por personas o instituciones católicas (Universidades, Centros de estudios, editoriales. . .); o podría estar integrado por una y otro.

4.4 Los **objetivos** de un organismo nacional para la evangelización de la cultura pueden ser presentados, siguiendo la metodología del ver, juzgar, actuar, del siguiente modo:

VER: Analizar la cultura del propio país, o región, o diócesis o ciudad.

JUZGAR: Discernir los valores que animan esa cultura y los anti-valores que la debilitan.

ACTUAR: Buscar caminos para una adecuada evangelización de la cultura.

5. Finalidades

5.1 Asumir plenamente la misión de la Evangelización de la Cultura, de acuerdo con los criterios señalados en "Evangelii Nuntiandi", la opción pastoral de Puebla y los objetivos propuestos por Juan Pablo II al Pontificio Consejo para la Cultura.

5.2 Incentivar la defensa de la dignidad de la persona humana, de sus inalienables derechos y especialmen-

te el derecho a la promoción cultural, ya que la Evangelización de la Cultura contribuye a la promoción de la justicia y el desarrollo humano en cuanto proceso cultural.

5.3 Empezar e impulsar la investigación y el estudio de los nuevos problemas socio-culturales del país para su adecuado discernimiento y consecuente solución, a la luz del Evangelio.

5.4 Promover el diálogo entre la Iglesia y las culturas, en todos sus niveles, aún con aquellos grupos ajenos a la religión; a través de la comunicación cultural se facilita el diálogo con los hombres de buena voluntad.

5.5 Colaborar con organismos nacionales y regionales, sean ellos de historiadores, de filósofos, de teólogos, de científicos, de artistas, de intelectuales promover su recíproca colaboración.

5.6 Estudiar la actual realidad cultural del país, sus orígenes, sus causas, sus características, sus rumbos, así como las situaciones de inculturación y transculturación.

5.7 Discernir los valores que animan y los desvalores que desvirtúan la cultura latinoamericana y buscar nuevos caminos para alcanzar y transformar, con la fuerza del Evangelio, los criterios de juicio, los valores determinantes, los puntos de síntesis, las líneas de pensamiento, las fuentes inspiradoras y los modelos de vida que son ajenos al espíritu cristiano.

5.8 Promover encuentros, diálogos, seminarios sobre la realidad cultural del país y su adecuada evangelización.

5.9 Promover el diálogo con los demás organismos de pastoral de la propia Conferencia Nacional, que aporten elementos que les son propios en orden a la Evangelización de la Cultura.

DISCURSO DE JUAN PABLO II ANTE LA UNESCO

IMPORTANCIA Y FUNCIONES DE LA CULTURA EN LA VIDA DEL HOMBRE, DE LAS NACIONES Y DE LA HUMANIDAD A LA LUZ DEL MENSAJE DE CRISTO

UNESCO - París, lunes 2 de Junio

Señore Presidente de la
Conferencia General
Señor Presidente del Consejo Ejecutivo,
Señor Director General,
Señoras, Señores:

Saludo y agradecimiento

1. Antes de nada deseo agradecer muy cordialmente al Señor Amadou Mahtar M'Bow, Director General de la Organización de las Naciones Unidas para la Educación, la Ciencia y la Cultura, la invitación que me ha dirigido en varias ocasiones, ya desde la primera vez que me honró con su visita. Muchas son las razones por las que me llena de alegría el poder responder hoy a esta invitación, que tanto he apreciado.

Agradezco al Señor Napoleón Lebranc, Presidente de la Conferencia General, al Señor Chams Eldine El-Wakil, Presidente del Consejo Ejecutivo, y al Señor Amadou Mahtar M'Bow, Director General de la Organización, las amables palabras de bienvenida que acaban de pronunciar. Deseo saludar también a cuantos se han reunido aquí para la CIX sesión del Consejo Ejecutivo de la UNESCO. No puedo ocultar mi alegría de ver reunidos en esta ocasión a tantos delegados de las naciones del mundo entero, a tantas per-

sonalidades eminentes, a tantos expertos, tantos ilustres representantes del mundo de la cultura y de la ciencia.

Intentaré con mi intervención aportar mi pequeño grano de arena al edificio que ustedes, señoras y señores, están asidua y perseverantemente construyendo, con su reflexión y sus resoluciones en todos los campos y que caen bajo la competencia de la UNESCO.

Orígenes de la UNESCO

2. Permítaseme comenzar refiriéndome a los orígenes de vuestra Organización. Los acontecimientos que marcaron la fundación de la UNESCO me inspiran sentimientos de gozo y gratitud a la Providencia: la firma de su constitución el 16 de noviembre de 1945; la entrada en vigor de la misma y el establecimiento de la Organización de las Naciones Unidas aprobada por la Asamblea General de la ONU en el mismo año. Esta Organización es, en efecto, obra de las naciones que, al terminar la terrible segunda guerra mundial, fueron impulsadas por lo que se podría llamar un deseo espontáneo de paz, de unión y de reconciliación. Estas naciones buscaron los medios y las formas de una colaboración capaz de establecer, profundizar y asegurar de modo duradero este nuevo acuerdo. Así, pues, la UNESCO nació, igual que la Organización de las Naciones Unidas, porque los pueblos sabían que el fundamento de las grandes empresas al servicio de la paz y del progreso de la humanidad en todo el mundo, era la necesidad de la unión de las naciones, el respeto mutuo y la cooperación internacional.

Relación entre los grandes problemas humanos

3. Continuando la acción, el pensamiento y el mensaje de mi gran predecesor el Papa Pablo VI, he tenido el honor de tomar la palabra ante la Asamblea General de las Naciones Unidas, el pasado mes de octubre, invitado por el Señor Kurt Waldheim, Secretario General de la ONU. Poco después, el 12 de noviembre de 1979, fui invitado en Roma por el Señor Edouard Saouma, Director General de la Organización de las Naciones Unidas para la Alimenta-

ción y la Agricultura. En aquella ocasión se me concedió la oportunidad de tratar asuntos profundamente ligados al conjunto de problemas que se refieren al futuro pacífico del hombre sobre la tierra. Efectivamente, todos estos problemas están íntimamente relacionados. Nos encontramos, por así decir, ante un vasto sistema de vasos comunicantes: los problemas de la cultura, de la ciencia y de la educación no se presentan, en la vida de las naciones y en las relaciones internacionales, desligados de los otros problemas de la existencia humana, como son los de la paz o el hambre. Los problemas de la cultura están condicionados por las otras dimensiones de la existencia humana, de la misma manera que ellos, a su vez, las condicionan.

El hombre y sus derechos fundamentales

4. Hay, sin embargo, una dimensión fundamental —y así lo subrayé en mi discurso a la ONU al referirme a la Declaración universal de los Derechos del Hombre—, que es capaz de remover desde sus cimientos los sistemas que estructuran el conjunto de la humanidad y de liberar a la existencia humana, individual y colectiva, de las amenazas que pesan sobre ella. Esta dimensión fundamental es el hombre, el hombre integralmente considerado, el hombre que vive al mismo tiempo en la esfera de los valores materiales y en la de los espirituales. El respeto de los derechos inalienables de la persona humana es el fundamento de todo (cf. Discurso a la ONU, núms. 7 y 13).

Toda amenaza contra los derechos del hombre, sea en el marco de sus bienes materiales, va contra esta dimensión fundamental. Por eso subrayé en mi discurso a la FAO que ningún hombre, ningún país ni ningún sistema del mundo puede permanecer indiferente ante la “geografía del hambre” y las amenazas gigantescas que se desencadenarán si no cambian esencial y radicalmente toda la orientación de la política económica, y en particular la jerarquía de las inversiones. Por eso insisto también, al referirme a los orígenes de vuestra Organización en la necesidad de movilizar todas las fuerzas que encauzan la dimensión espiritual de la existencia humana, que testimonian la primacía de lo espiritual en el hombre —de lo que corresponde a

la dignidad de su inteligencia, de su voluntad y de su corazón— para no sucumbir de nuevo ante la monstruosa alienación del mal colectivo, que siempre está dispuesto a utilizar los poderes materiales en la lucha exterminadora de los hombres contra los hombres de las naciones contra las naciones.

Los grandes principios que orientan la historia

5. En el origen de la UNESCO, igual que, en la base de la Declaración universal de los Derechos del Hombre, se encuentran, pues, estos primeros nobles impulsos de la conciencia humana, de la inteligencia y de la voluntad. Me apelo a ese origen, a ese comienzo, a esas premisas y a esos primeros principios. En su nombre vengo hoy a París, a la sede de vuestra Organización, con una súplica: que después de una etapa de más de treinta años de actividades, se unan ustedes aún más en torno a estos ideales y a los principios que inspiraron los comienzos. En su nombre me permitiré también proponerles a ustedes algunas consideraciones verdaderamente fundamentales, pues sólo a su luz resplandece plenamente el significado de esta institución que se llama UNESCO, Organización de las Naciones Unidas para la Educación, la Ciencia y la Cultura.

Unidad y pluralidad de las culturas

6. "Genus humanum arte et ratione vivit" (cf. Santo Tomás, comentando a Aristóteles, en *Post. Analyt.*, núm. 1). Estas palabras de uno de los más grandes genios del cristianismo, que fue al mismo tiempo un fecundo continuador del pensamiento antiguo, nos hacen ir más allá del círculo y de la significación contemporánea de la cultura occidental, sea mediterránea o atlántica. Tienen una significación aplicables al conjunto de la humanidad en la que se encuentran las diversas tradiciones que constituyen su herencia espiritual y las diversas épocas de su cultura. La significación esencial de la cultura consiste, según estas palabras de Santo Tomás de Aquino, en el hecho de ser una característica de la vida humana como tal. El hombre vive una vida verdaderamente humana gracias a la cultura. La vida humana es cultura también en el sentido de

que el hombre, a través de ella, se distingue y se diferencia de todo lo demás que existe en el mundo visible: el hombre no puede prescindir de la cultura.

La cultura es un modo específico del "existir" y del "ser" del hombre. El hombre vive siempre según su cultura que le es propia, y que, a su vez, crea entre los hombres un lazo que les es también propio, determinando el carácter inter-humano y social de la existencia humana. En la unidad de la cultura como modo propio de la existencia humana, hunde sus raíces al mismo tiempo la pluralidad de culturas en cuyo seno vive el hombre. El hombre se desarrolla en esta pluralidad, sin perder, sin embargo, el contacto esencial con la unidad de la cultura, en tanto que es dimensión fundamental y esencial de su existencia y de su ser.

El hombre, sujeto, objeto y término de la cultura, autor y artífice de la misma

7. El hombre, que en el mundo visible, es el único sujeto óntico de la cultura, es también su único objeto y su término. La cultura es aquello a través de lo cual el hombre "es" más, accede más al "ser". En esto encuentra también su fundamento la distinción capital entre lo que el hombre es y lo que tiene, entre el ser y el tener. La cultura se sitúa siempre en relación esencial y necesaria a lo que el hombre es, mientras que la relación a lo que el hombre tiene, a su "tener", no sólo es secundaria, sino totalmente relativa. Todo el "tener" del hombre no es importante para la cultura, ni es factor creador de cultura, sino en la medida en que el hombre, por medio de su "tener", puede al mismo tiempo "ser" más plenamente como hombre, llegar a ser más plenamente hombre en todas las dimensiones de su existencia, en todo lo que caracteriza su humanidad. La experiencia de las diversas épocas, sin excluir la presente, demuestra que se piensa en la cultura y se habla de ella principalmente en relación con la naturaleza del hombre, y luego solamente de manera secundaria e indirecta en relación con el mundo de sus productos. Todo esto no impide, por otra parte, que juzguemos el fenómeno de la cultura a partir de lo que el hombre produce, o que de

esto saquemos conclusiones acerca del hombre. Un procedimiento semejante —modo típico del proceso de conocimiento “a posteriori”— contiene en sí mismo la posibilidad de remontar, en sentido inverso, hacia las dependencias óntico-causales. El hombre, y sólo el hombre, es “autor”, o “artífice” de la cultura; el hombre, y sólo el hombre, se expresa en ella y en ella encuentra su propio equilibrio.

La verdad integral sobre el hombre

8. Todos los aquí presentes nos encontramos en el terreno de la cultura, realidad fundamental que nos une y que está en la base del establecimiento y de las finalidades de la UNESCO. Por este mismo hecho nos encontramos en torno al hombre y, en un cierto sentido, en él, en el hombre. Este hombre, que se expresa en y por la cultura y es objeto de ella, es único, completo e indivisible. Es a la vez sujeto y artífice de la cultura. Según esto no se le puede considerar únicamente como resultante de todas las condiciones concretas de su existencia, como resultante —por no citar más que un ejemplo— de las relaciones de producción que prevalecen en una época determinada. ¿No sería entonces, de alguna manera, este criterio de las relaciones de producción una clave para la comprensión de la historicidad del hombre, para la comprensión de la historicidad del hombre, para la comprensión de su cultura y de las múltiples formas de su desarrollo? Ciertamente, este criterio constituye una clave, e incluso una clave preciosa, pero no la clave fundamental constitutiva. Las culturas humanas reflejan, sin duda, los diversos sistemas de relaciones de producción; sin embargo, no es tal o tal sistema, lo que está en el origen de la cultura sino el hombre, el hombre que vive en el sistema, que lo acepta o que intenta cambiarlo. No se puede pensar una cultura sin subjetividad humana y sin causalidad humana; sino que, en el campo de la cultura, el hombre es siempre el hecho primero: el hombre es el hecho primordial y fundamental de la cultura.

Y esto lo es el hombre siempre en su totalidad: en el conjunto integral de su subjetividad espiritual y material.

Si, en función del carácter y del contenido de los productos en los que se manifiesta la cultura, es pertinente la distinción entre cultura espiritual y cultura material, es necesario constatar al mismo tiempo que, por una parte, las obras de la cultura material hacen aparecer siempre una “espiritualización” de la materia una sumisión del elemento material a las fuerzas espirituales del hombre, es decir, a su inteligencia y a su voluntad, y que, por otra parte, las obras de la cultura espiritual manifiestan, de forma específica, una “materialización” del espíritu, una encarnación de lo que es espiritual. Parece que, en las obras culturales, esta doble característica es igualmente primordial y permanente.

Así, pues, a modo de conclusión teórica, ésta es una base suficiente para comprender la cultura a través del hombre integral, a través de toda la realidad de su subjetividad. Esta es también en el campo del obrar, la base suficiente para buscar siempre en la cultura al hombre integral, al hombre todo entero, en toda la verdad de su subjetividad espiritual y corporal; la base suficiente para no superponer a la cultura —sistema auténticamente humano, síntesis espléndida del espíritu y del cuerpo— divisiones y oposiciones preconcebidas. En efecto, ni una absolutización de la materia en la estructura del sujeto humano o, inversamente, una absolutización del espíritu en esta misma estructura, expresan la verdad del hombre ni prestan servicio alguno a su cultura.

Relación entre religión y cultura, entre cultura y cristianismo

9. Quería detenerme aquí en otra consideración esencial, en una realidad de orden muy distinto. Podemos abordarla haciendo notar que la Santa Sede está representada en la UNESCO por su Observador permanente, cuya presencia se sitúa en la perspectiva de la naturaleza misma de la Sede Apostólica. Esta presencia está en consonancia, en un sentido aún más amplio, con la naturaleza y misión de la Iglesia católica e, indirectamente, con la de todo el cristianismo. Aprovecho la oportunidad que se me ofrece hoy para expresar una convicción personal profunda. La

presencia de la Sede Apostólica ante vuestra Organización —aunque motivada también por la soberanía específica de la Santa Sede— encuentra su razón de ser, por encima de todo, en la relación orgánica y constitutiva que existe entre la religión, en general y el cristianismo en particular, por una parte, y la cultura, por otra. Esta relación se extiende a las múltiples realidades que es preciso definir como expresiones concretas de la cultura en las diversas épocas de la historia y en todos los puntos del globo. Ciertamente no será exagerado afirmar en particular que, a través de una multitud de hechos, Europa toda entera —del Atlántico a los Urales— atestigua, en la historia de cada nación y en la de la comunidad entera, la relación entre la cultura y el cristianismo.

Al recordar esto, no quiere disminuir de ninguna manera la herencia de los otros continentes, ni la especificidad y el valor de esta misma herencia que deriva de otras fuentes de inspiración religiosa, humanista y ética. Al contrario, deseo rendir el más profundo y sincero homenaje a todas las culturas del conjunto de la familia humana, desde las más antiguas a las que nos son contemporáneas. Teniendo presentes todas las culturas, quiero decir en voz alta aquí, en París, en la sede de la UNESCO, con respeto y admiración: “¡He aquí al hombre!”. Quiero proclamar mi admiración ante la riqueza creadora del espíritu humano, ante sus esfuerzos incesantes por conocer y afirmar la identidad del hombre: de este hombre que está siempre presente en todas las formas particulares de la cultura.

Vinculación fundamental del Evangelio con el hombre

10. Sin embargo, el hablar del puesto de la Iglesia y de la Sede Apostólica ante vuestra Organización, no pienso solamente en todas las obras de la cultura en las que, a lo largo de los dos últimos milenios, se expresaba el hombre que había aceptado a Cristo y al Evangelio, ni en las instituciones de diversa índole que nacieron de la misma inspiración en el campo de la educación, de la instrucción, de la beneficencia, de la asistencia social, y en tantos otros. Pienso sobre todo, señoras y señores, en la vinculación fundamental del Evangelio, es decir, del mensaje de Cristo

y de la Iglesia, con el hombre en su humanidad misma. Este vínculo es efectivamente creador de cultura en su fundamento mismo. Para crear la cultura hay que considerar íntegramente, y hasta sus últimas consecuencias, al hombre como valor particular y autónomo, como sujeto portador de la transcendencia de la persona. Hay que afirmar al hombre por él mismo, y no por ningún otro motivo o razón: ¡únicamente por él mismo! Más aún, hay que amar al hombre porque es hombre, hay que reivindicar el amor por el hombre en razón de la particular dignidad que posee. El conjunto de las afirmaciones que se refieren al hombre pertenece a la sustancia misma del mensaje de Cristo y de la misión de la Iglesia, a pesar de todo lo que los espíritus críticos hayan podido declarar sobre este punto y a pesar de todo lo que hayan podido hacer las diversas corrientes opuestas a la religión en general, y al cristianismo en particular.

A lo largo de la historia, hemos sido ya más de una vez, y lo somos aún, testigos de un proceso de un fenómeno muy significativo. Allí donde han sido suprimidas las instituciones religiosas, allí donde se ha privado de su derecho, de ciudadanía a las ideas y a las obras nacidas de la inspiración religiosa, y en particular de la inspiración cristiana, los hombres encuentran de nuevo esto mismo fuera de los caminos institucionales, a través de la confrontación que tiene lugar, en la verdad y en el esfuerzo interior, entre lo que constituye su humanidad y el contenido del mensaje cristiano.

Señoras y señores, perdónenme esta afirmación. Al proponerla, no he querido ofender a nadie en absoluto. Les ruego que comprendan que, en nombre de lo que yo soy, no podía abstenerme de dar este testimonio. En él se encierra también esta verdad —que no puede silenciarse— sobre la cultura, si se busca en ella todo lo que es humano, aquello en lo cual se expresa el hombre o a través de lo cual quiere ser el sujeto de su existencia. Al hablar de ello, quería manifestar también mi gratitud por los lazos que unen la UNESCO con la Sede Apostólica, estos lazos de los que mi presencia hoy aquí quiere ser una expresión particular.

La educación del hombre

11. De todo esto se desprende un cierto número de conclusiones capitales. Las consideraciones que acabo de hacer, en efecto, ponen de manifiesto que la primero y esencial tarea de la cultura en general, y también de toda cultura, es la educación. La educación consiste, en efecto, en que el hombre llegue a ser cada vez más hombre, que pueda "ser" más y no sólo que pueda "tener" más, y que, en consecuencia, a través de todo lo que "tiene", todo lo que "posee", sepa "ser" más plenamente hombre. Para ello es necesario que el hombre sepa "ser más" no sólo "con los otros", sino también "para los otros". La educación tiene una importancia fundamental para la formación de las relaciones interhumanas y sociales. También aquí abordo un conjunto de axiomas, en los que las tradiciones del cristianismo, nacidas del Evangelio, coinciden con la experiencia educativa y de tantos hombres bien dispuestos y profundamente sabios tan numerosos en todos los siglos de la historia. Tampoco faltan en nuestra época estos hombres que aparecen como grandes, sencillamente por su humanidad, que saben compartir con los otros, especialmente con los jóvenes. Al mismo tiempo, los síntomas de las crisis de todo género, ante las cuales sucumben los ambientes y las sociedades por otra parte mejor provistos —crisis que afectan principalmente a las jóvenes generaciones— testimonian, a cual mejor, que la obra de la educación del hombre no se realiza sólo con la ayuda de las instituciones, con la ayuda de medios organizados y materiales. Por excelentes que sean. Ponen de manifiesto también que lo más importante es siempre el hombre, el hombre y su autoridad moral que proviene de la verdad de sus principios y de la conformidad de sus actos con sus principios.

La familia

12. Como la más competente Organización mundial, en todos los problemas de la cultura, la UNESCO no puede descuidar este otro punto absolutamente primordial: ¿Qué hacer para que la educación del hombre se realice sobre todo en la familia?

¿Cuál será el grado de moralidad pública que asegure a la familia, y sobre todo a los padres, la autoridad moral necesaria para este fin? ¿Qué tipo de instrucción? ¿Qué formas de legislación sostienen esta autoridad o, al contrario, la debilitan o destruyen? Las causas del éxito o del fracaso en la formación del hombre por su familia se sitúan siempre a la vez en el interior mismo del núcleo fundamentalmente creador de la cultura, que es la familia, y también a un nivel superior, el de la competencia del Estado y de los órganos, de quienes las familias dependen. Estos problemas no pueden dejar de provocar la reflexión y la preocupación en el foro donde se reúnen los representantes cualificados de los Estados.

No hay duda de que el hecho cultural primero y fundamental es el hombre espiritualmente maduro, es decir, el hombre plenamente educado, el hombre capaz de educarse por sí mismo y de educar a los otros. No hay duda tampoco de que la dimensión primera y fundamental de la cultura es la sana moralidad: la cultura moral.

La alienación y manipulación del hombre

13. En este campo se plantean, ciertamente, numerosas cuestiones particulares, pero la experiencia demuestra que todo va unido, y que estas cuestiones están encuadradas en sistemas de clara dependencia recíproca. Por ejemplo, en el conjunto del proceso educativo, de la educación escolar particularmente, ¿no ha tenido lugar un desplazamiento unilateral hacia la instrucción en el sentido estricto del término? Si se consideran las proporciones que ha tomado este fenómeno, así como el crecimiento sistemático de la instrucción que se refiere únicamente a lo que posee el hombre, ¿no es el hombre quien se encuentra cada vez más oscurecido? Esto lleva consigo una verdadera alienación de la educación: en lugar de obrar en favor de lo que el hombre debe "ser", la educación actúa únicamente en favor de lo que el hombre puede crecer en el aspecto del "tener", de la "posesión". La siguiente etapa de esta alienación es habituar al hombre, privándole de su propia subjetividad, a ser objeto de múltiples manipulaciones: las manipulaciones ideológicas o políticas que se hacen a

través de la opinión pública: las que tienen lugar a través del monopolio o del control, por parte de las fuerzas económicas o de los poderes políticos, de los medios de comunicación social; la manipulación, finalmente, que consiste en enseñar la vida como manipulación específica de sí mismo.

Parece que estos peligros en materia de educación amenazan sobre todo a las sociedades con una civilización técnica más desarrollada. Estas sociedades se encuentran ante la crisis específica del hombre que consiste en una creciente falta de confianza en su propia humanidad, en la significación del hecho de ser hombre, y de la afirmación y de la alegría que de ellos se siguen y que son fuente de creatividad. la civilización contemporánea intenta imponer al hombre una serie de imperativos aparentes, que sus portavoces justifican recurriendo al principio del desarrollo y del progreso. Así, por ejemplo, en lugar del respeto a la vida, "el imperativo" de desembarazarse de la vida y destruirla: en lugar del amor, que es comunión responsable de las personas, "el imperativo" del máximo de placer sexual al margen de todo sentido de responsabilidad; en lugar de la primacía de la verdad en las acciones, la "primacía" del comportamiento de moda, de lo subjetivo y del éxito inmediato.

En todo esto se expresa indirectamente una gran renuncia sistemática a la sana ambición, que es la ambición de ser hombre. No nos hagamos ilusiones: el sistema formado sobre la base de estos falsos imperativos, de estas renunciadas fundamentales, puede determinar el futuro del hombre y el futuro de la cultura.

14. Si, en nombre del futuro de la cultura, se debe proclamar que el hombre tiene derecho a "ser" más, y si por la misma razón se debe exigir una sana primacía de la familia en el conjunto de la acción educativa del hombre para una verdadera humanidad, debe situarse también en la misma línea el derecho de la nación; se le debe situar también en la base de la cultura y de la educación.

La nación

La nación es, en efecto, la gran comunidad de los hombres que están unidos por diversos vínculos, pero sobre todo, precisamente, por la cultura. La nación existe "por" y "para" la cultura, y así es ella gran educadora de los hombres para que puedan "ser más" en la comunidad. La nación es esta comunidad que posee una historia que supera la historia del individuo y de la familia. En esta comunidad, en función de la cual educa toda familia, la familia comienza su obra de educación por lo más simple, la lengua, haciendo posible de este modo que el hombre aprenda a hablar y llegue a ser miembro de la comunidad, que es su familia y su nación. En todo esto que ahora estoy proclamando y que desarrollaré aún más, mis palabras traducen una experiencia particular, un testimonio particular en su género. Soy hijo de una nación que ha vivido las mayores experiencias de la historia, que ha sido condenada a muerte por sus vecinos en varias ocasiones, pero que ha sobrevivido y que ha seguido siendo ella misma. Ha conservado su identidad y, a pesar de haber sido dividida y ocupada por extranjeros, ha conservado su soberanía nacional, no porque se apoyara en los recursos de la fuerza física, sino apoyándose exclusivamente en su cultura. Esta cultura resultó tener un poder mayor que todas las otras fuerzas. Lo que digo aquí respecto al derecho de la nación a fundamentar su cultura y su porvenir, no es el eco de ningún "nacionalismo", sino que se trata de un elemento estable de la experiencia humana y de las perspectivas humanistas del desarrollo del hombre. Existe una soberanía fundamental de la sociedad que se manifiesta en la cultura de la nación. Se trata de la soberanía de la sociedad que se manifiesta en la cultura de la nación. Se trata de la soberanía por la que, al mismo tiempo, el hombre es supremamente soberano. Al expresarme así, pienso también con una profunda emoción interior, en las culturas de tantos pueblos antiguos que no han cedido cuando han tenido que enfrentarse a las civilizaciones de los invasores; y continúan siendo para el hombre la fuente de su "ser" de hombre en la verdad interior de su humanidad. Pienso con admiración también en las culturas de las nuevas sociedades, de las que se despiertan a la vida

en la comunidad de la propia nación —igual que mi nación se despertó a la vida hace diez siglos— y que luchan por mantener su propia identidad y sus propios valores contra las influencias y las presiones de modelos propuestos desde el exterior.

Velar y proteger la soberanía fundamental que cada nación posee en virtud de la propia cultura

15. Al dirigirme a ustedes, señoras y señores, que se reúnen en este lugar desde hace más de treinta años en nombre de la primacía de las realidades culturales del hombre, de las comunidades humanas, de los pueblos y de las naciones, les digo: velen, con todos los medios a su alcance, por esta soberanía fundamental que posee cada nación en virtud de su propia cultura. Protéjanla como a la niña de sus ojos para el futuro de la gran familia humana. ¡Protéjanla! No permitan que esta soberanía fundamental se convierta en presa de cualquier interés político o económico. No permitan que sea víctima de los totalitarismos, imperialismos o hegemonías, para los que el hombre no cuenta sino como objeto de dominación y no como sujeto de su propia existencia humana. Incluso la nación —su propia nación o las demás— no cuenta para ellos más que como objeto de dominación y cebo de intereses diversos, y no como sujeto: el sujeto de la soberanía proveniente de la auténtica cultura que le pertenece en propiedad. ¿No hay, en el mapa de Europa y del mundo, naciones que tienen una maravillosa soberanía histórica proveniente de su cultura, y que sin embargo se ven privadas de su plena soberanía? ¿No es éste un punto importante para el futuro de la cultura humana, importante sobre todo en nuestra época cuando tan urgente es eliminar los restos del colonialismo?

Los medios de comunicación social

16. Esta soberanía que existe y que tiene su origen en la cultura propia de la nación y de la sociedad, en la primacía de la familia en la acción educativa y, por fin, en la dignidad personal de todo hombre, debe permanecer como el criterio fundamental en la manera de tratar este proble-

ma importante para la humanidad de hoy, que es el problema de los medios de comunicación social (de la información vinculada a ellos y también de lo que se llama la cultura de masas”). Dado que estos medios son los medios “sociales” de la comunicación, no pueden ser medios de dominación sobre los otros, tanto por parte de los agentes del poder político, como de las potencias financieras que imponen su programa y su modelo. Deben llegar a ser el medio —¡y de qué importancia!— de expresión de esta sociedad que se sirve de ellos, y que les asegura también su existencia. Deben tener en cuenta las verdaderas necesidades de esta sociedad. Deben tener en cuenta la cultura de la nación y su historia. Deben respetar la responsabilidad de la familia en el campo de la educación. Deben tener en cuenta el bien del hombre, su dignidad. No pueden estar sometidos al criterio del interés, de lo sensacional o del éxito inmediato, sino que, teniendo en cuenta las exigencias de la ética, deben servir a la construcción de una vida “más humana”.

La instrucción del pueblo

17. “Genus humanum arte et ratione vivit.” En realidad, se afirma que el hombre es él mismo mediante la verdad, y llega a ser más él mismo mediante el conocimiento cada vez más perfecto de la verdad. Querría rendir homenaje aquí, señoras y señores, a todos los méritos de esta Organización vuestra, y al mismo tiempo al compromiso y a todos los esfuerzos de los Estados y de las Instituciones que ustedes representan, en la línea de la popularización de la instrucción en todos los grados y a todos los niveles, en la línea de la eliminación del analfabetismo, que significa la ausencia de toda instrucción —incluso de la más elemental—, ausencia dolorosa no sólo desde el punto de vista de la cultura elemental de las individuos y de los ambientes, sino también desde el punto de vista del progreso socio-económico. Hay índices inquietantes de retraso en este campo, ligado muchas veces a una distribución de los bienes radicalmente desigual e injusta pensemos en las situaciones en las que, al lado de una oligarquía plutocrática, poco numerosa, existen multitudes de ciudadanos hambrientos viviendo en la miseria. Este retraso puede ser eli-

minado no mediante sanguinarias luchas por el poder, sino sobre todo mediante la alfabetización sistemática lograda por la difusión y la popularización de la instrucción. Es necesario un esfuerzo en este sentido si se desean lograr enseguida los cambios que se imponen en el terreno de lo socio-económico. El hombre, que "es más" gracias también a lo que "tiene", y a lo que "posee" debe saber poseer, es decir, disponer y administrar los medios que posee, para su bien propio y para el bien común. La instrucción es indispensable para ello.

La misión de la Iglesia en el campo de la enseñanza

18. El problema de la instrucción siempre estuvo estrechamente ligado a la misión de la Iglesia. La Iglesia, a lo largo de los siglos, ha fundado escuelas a todos los niveles; hizo nacer las universidades medievales en Europa: en París y en Bolonia, en Salamanca y en Heidelberg en Cracovia y en Lovaina. También en nuestra época ofrece la misma contribución en todos los lugares donde su actividad en este campo es solicitada y respetada. Permítaseme reivindicar en este lugar para las familias católicas el derecho que toda familia tiene de educar a sus hijos en escuelas que correspondan a su propia visión del mundo, y en particular el estricto derecho de los padres creyentes a no ver a sus hijos, en las escuelas, sometidos a programas inspirados por el ateísmo. Ese es en efecto uno de los derechos fundamentales del hombre y de la familia.

El cultivo de la ciencia

19. El sistema de enseñanza está orgánicamente ligado al sistema de las diversas formas de orientar la práctica y la popularización de la ciencia, que es para lo que sirven los establecimientos de enseñanza de nivel superior, las universidades y también, dado el desarrollo actual de la especialización y de los métodos científicos, los institutos especializados. Se trata de instituciones de las que sería difícil hablar sin una profunda emoción. Son los bancos de trabajo, en los que tanto la vocación del hombre al conocimiento como el vínculo constitutivo de la humanidad con la verdad como objetivo del conocimiento, se ha-

cen realidad de cada día, se hacen en cierto sentido, el pan cotidiano de tantos maestros, venerados corifeos de la ciencia, y en torno a ellos, de los jóvenes investigadores dedicados a la ciencia y a sus aplicaciones, y también de multitud de estudiantes que frecuentan estos centros de la ciencia y del conocimiento.

Nos encontramos aquí como en los más elevados grados de la escala por la que el hombre, desde el principio, trepa hacia el conocimiento de la realidad del mundo que le rodea, y hacia el conocimiento de los misterios de su humanidad. Este proceso histórico ha alcanzado en nuestra época posibilidades hasta ahora desconocidas ha abierto a la inteligencia humana horizontes insospechados hasta entonces. Sería difícil entrar aquí en el detalle pues, en el camino del conocimiento, las orientaciones de la especialización son tan numerosas como rico es el desarrollo de la ciencia.

Responsabilidad y misión de los científicos

20. Vuestra Organización es un lugar de encuentro, de un encuentro que engloba en su más amplio sentido, todo el campo tan esencial de la cultura humana. Este auditorio es, pues, el lugar más indicado para saludar a todos los hombres de ciencia, y rendir particularmente homenaje a los que están aquí presentes y han obtenido por sus trabajos el más alto reconocimiento y las más eminentes distinciones mundiales. Permítaseme, por tanto, expresar también algunos deseos que, estoy seguro, coinciden con el pensar y el sentir de los miembros de esta augusta asamblea.

Si mucho nos edifica en el trabajo científico —nos edifica y también nos alegra profundamente—, este avance del conocimiento desinteresado de la verdad, a cuyo servicio se entrega el sabio con la mayor dedicación y a veces con riesgo de su salud e incluso de su vida, mucho más debe preocuparnos todo lo que está en contradicción con los principios del desinterés y de la objetividad, todo lo que haría de la ciencia un instrumento para conseguir objetivos que nada tienen que ver con ella. Sí, debemos preocuparnos de

todo lo que proponen y presuponen esos fines no científicos y que exige de los hombres de ciencia que se pongan a su servicio, sin permitirles juzgar ni decidir, con independencia de espíritu, acerca de la honestidad humana y ética de tales fines o les amenaza de sufrir las consecuencias si se niegan a colaborar.

¿Acaso tienen necesidad de pruebas o de comentarios esos fines no científicos de los que estoy hablando y ese problema que planteo? Ustedes saben a qué me refiero; baste aludir al hecho de que, entre los que, al final de la última guerra mundial fueron citados ante los tribunales internacionales, había también hombres de ciencia. Señoras y señores, les pido que me perdonen estas palabras, pero no sería fiel a los deberes de mi tarea si no las pronunciara, no por volver sobre el pasado, sino por defender el futuro de la ciencia y de la cultura humana; más aún, ¡por defender el futuro del hombre y del mundo! Pienso que Sócrates, quien con su rectitud poco común, pudo sostener que la ciencia era al mismo tiempo una virtud moral, tendría que rebajar su certeza si hubiera podido considerar las experiencias de nuestro tiempo.

La terrible amenaza que pesa sobre el futuro del hombre y del mundo

21. Nos damos cuenta de ellos, señoras y señores, el futuro del hombre y del mundo está amenazado, radicalmente amenazado, a pesar de las intenciones ciertamente nobles de los hombres del saber, de los hombres de ciencia. Y está amenazado porque los maravillosos resultados de sus investigaciones y de sus descubrimientos, sobre todo en el campo de las ciencias de la naturaleza, han sido y continúan siendo explotados —en perjuicio del imperativo ético— para fines que nada tienen que ver con las exigencias de la ciencia, e incluso para fines de destrucción y de muerte, y eso en un grado jamás conocido hasta ahora, causando daños verdaderamente inimaginables. Mientras que la ciencia está llamada a estar al servicio de la vida del hombre, se constata demasiadas veces, sin embargo, que está sometida a fines que son destructivos de la verdadera dignidad del hombre y de la vida

humana. Eso es lo que ocurre cuando la investigación científica está orientada hacia esos fines o cuando sus resultados se aplican a fines contrarios al bien de la humanidad. Esto se verifica tanto en el terreno de las manipulaciones genéticas y las experimentaciones biológicas, como en el de las armas químicas, bacteriológicas o nucleares.

Dos consideraciones me llevan a someter a vuestra reflexión sobre todo la amenaza nuclear que pesa sobre el mundo de hoy y que, si no es conjurada, podría conducir a la destrucción de los frutos de la cultura, los productos de la civilización elaborada a través de siglos por sucesivas generaciones de hombres que han creído en la primacía del espíritu, y que no han ahorrado ni sus esfuerzos ni sus fatigas. La primera consideración es esta. Razones geopolíticas, problemas económicos de dimensión mundial, incomprensiones terribles, orgullos nacionales heridos, el materialismo de nuestra época y la decadencia de los valores morales han llevado a nuestro mundo a una situación de inestabilidad, a un equilibrio frágil que puede ser destruido de un momento a otro, como consecuencia de errores de juicio, de información o de interpretación.

Otra consideración se añade todavía a esta inquietante perspectiva. ¿Se puede estar seguro hoy de que la ruptura del equilibrio no llevaría a una guerra, y a una guerra en la que no se dudaría de recurrir a las armas nucleares? Hasta ahora se ha dicho que las armas nucleares han venido constituyendo una fuerza de disuasión que ha impedido que estalle una guerra mayor, y eso probablemente es cierto. Pero también es posible preguntarse si siempre será así. Las armas nucleares, sean del calibre o del tipo que sean, se perfeccionan más cada año y se van añadiendo al arsenal de un número creciente de países. ¿Cómo estar seguros de que el uso de armas nucleares, incluso con fines de defensa nacional o en el caso de conflictos limitados, no llevará consigo una escalada inevitable, que conduciría a una destrucción que la humanidad no puede ni imaginar ni aceptar jamás? Pero no es a ustedes hombres de ciencia y de cultura, a quienes debo yo pedir que no cierren los ojos ante lo que una guerra nuclear puede representar pa-

ra la humanidad entera (cf. Homilía en la Jornada mundial de la Paz, 1 de enero de 1980).

Alianza entre la ciencia y la conciencia para salvar a la humanidad de la guerra nuclear

22. Señoras y señores: el mundo no podrá seguir mucho tiempo por este camino. Al hombre que ha tomado conciencia de la situación y de lo que está en juego, al hombre que tiene presente, aunque sólo sea de forma elemental, las responsabilidades que incumben a cada uno, se le impone una convicción, que es al mismo tiempo un imperativo moral: ¡Hay que movilizar las conciencias! Hay que aumentar los esfuerzos de las conciencias humanas en la medida de la tensión entre el bien y el mal a la que están sometidos los hombres al final del siglo veinte. Es necesario convencerse de la prioridad de la ética sobre la técnica, de la primacía de la persona sobre las cosas, de la superioridad del espíritu sobre la materia (cf. Redemptor hominis, 16). La causa del hombre será servida si la ciencia se alía con la conciencia. El hombre de ciencia ayudará verdaderamente a la humanidad si conserva "el sentido de la transcendencia del hombre sobre el mundo y de Dios sobre el hombre" (Discurso a la Pontificia Academia de las Ciencias, 10 de noviembre de 1979, núm. 4).

Así, aprovechando la ocasión de mi presencia hoy en la sede de la UNESCO, yo, hijo de la humanidad y Obispo de Roma, me dirijo directamente a ustedes, hombres de ciencia, a ustedes que están reunidos, aquí, a ustedes, las más altas autoridades en todos los campos de la ciencia moderna. Y me dirijo, a través de ustedes, a sus colegas y amigos de todos los países y de todos los continentes.

Me dirijo a ustedes en nombre de esta terrible amenaza que pesa sobre la humanidad y, al mismo tiempo, en nombre del futuro y del bien de esta humanidad en el mundo entero. Y les suplico: Despleguemos todos nuestros esfuerzos para instaurar y respetar, en todos los campos de la ciencia, la primacía de la ética. Despleguemos sobre todo nuestros esfuerzos para preservar la familia humana de la horrible perspectiva de la guerra nuclear.

Ya traté este tema ante la Asamblea General de la Organización de las Naciones Unidas, en Nueva York, el 2 de octubre del año pasado. Hoy les hablo a ustedes. Me dirijo a su inteligencia y a su corazón, por encima de las pasiones, las ideologías y las fronteras. Me dirijo a todos aquellos que, por su poder político o económico, podrían verse inducidos, y muchas veces lo son, a imponer a los hombres de ciencia las condiciones de su trabajo y su orientación. Me dirijo sobre todo a cada hombre de ciencia individualmente y a toda la comunidad científica internacional.

Todos ustedes unidos representan una potencia enorme: la potencia de las inteligencias y de las conciencias. ¡Muéstrense más poderosos que los más poderosos de nuestro mundo contemporáneo! Decídanse a demostrar la más noble solidaridad con la humanidad: la que se funda en la dignidad de la persona humana. Construyan la paz, empezando por su fundamento: el respeto de todos los derechos del hombre, los que están ligados a su dimensión material y económica, y los que están ligados a la dimensión espiritual e interior de su existencia en este mundo. ¡Que la sabiduría les inspire! ¡Que el amor les guíe, este amor que ahogará la amenaza creciente del odio y de la destrucción! Hombres de ciencia, comprometan toda su autoridad moral para salvar a la humanidad de la destrucción nuclear.

El futuro del hombre y la paz, la primacía del espíritu y el amor

23. Se me ha concedido realizar hoy uno de los deseos más vivos de mi corazón. Se me ha concedido penetrar, aquí mismo, en el interior del Areópago, que es el del mundo entero. Se me ha concedido decirles a todos ustedes, miembros de la Organización de las Naciones Unidas para la Educación, la Ciencia y la Cultura, a ustedes que trabajan por el bien y la reconciliación de los hombres y de los pueblos a través de todos los campos de la cultura, la educación, la ciencia y la información, decirles y gritarles desde el fondo del alma: ¡Sí! ¡El futuro del hombre depende de la cultura! ¡Sí! ¡La paz del mun-

do depende de la primacía del Espíritu! ¡Sí! ¡El porvenir pacífico de la humanidad depende del amor!

Su contribución personal, señoras y señores, es importante, es vital. Se sitúa en el planteamiento correcto de los problemas a cuya solución consagran su servicio.

Mi palabra final es ésta: No se detengan. Continúen. Continúen siempre.

DOCUMENTO 2

CONSTITUCION PASTORAL "GAUDIUM ET SPES" DEL CONCILIO VATICANO II

(Parte II, Capítulo II, nn. 53-62)

EL SANO FOMENTO DEL PROGRESO CULTURAL

Introducción

53. Es propio de la persona humana el no llegar a un nivel verdadera y plenamente humano si no es mediante la cultura, es decir, cultivando los bienes y los valores naturales. Siempre, pues, que se trata de la vida humana, naturaleza y cultura se hallan unidas estrechísimamente.

Con la palabra cultura se indica, en sentido general, todo aquello con lo que el hombre afina y desarrolla sus innumerables cualidades espirituales y corporales procura someter el mismo orbe terrestre con su conocimiento y trabajo; hace más humana la vida social, tanto en la familia como en toda la sociedad civil, mediante el progreso de las costumbres e instituciones, finalmente, a través del tiempo expresa, comunica y conserva en sus obras grandes experiencias espirituales y aspiraciones para que sirvan de provecho a muchos, e incluso a todo el género humano.

De aquí se sigue que la cultura humana presenta necesariamente un aspecto histórico y social y que la palabra cultura asume con frecuencia un sentido sociológico y etnológico. En este sentido se habla de la pluralidad de culturas. Estilos de vida común diversos y escalas de valor diferentes encuentran su origen en la distinta manera de servirse de las cosas, de trabajar, de expresarse, de practi-

car la religión, de comportarse, de establecer leyes e instituciones jurídicas, de desarrollar las ciencias, las artes y de cultivar la belleza. Así, las costumbres recibidas forman el patrimonio propio de cada comunidad humana. Así también es como se constituye un medio histórico determinado, en el cual se inserta el hombre de cada nación o tiempo y del que recibe los valores para promover la civilización humana.

SECCION I.- La situación de la cultura en el mundo actual

Nuevos estilos de vida

54. Las circunstancias de vida del hombre moderno en el aspecto social y cultural han cambiado profundamente, tanto que se puede hablar con razón de una nueva época de la historia humana (1). Por ello, nuevos caminos se han abierto para perfeccionar la cultura y darle una mayor expansión. Caminos que han sido preparados por el ingente progreso de las ciencias naturales y de las humanas, incluidas las sociales por el desarrollo de la técnica, y también por los avances en el uso y recta organización de los medios que ponen al hombre en comunicación con los demás. De aquí provienen ciertas notas características de la cultura actual: las ciencias exactas cultivan al máximo el juicio crítico los más recientes estudios de la psicología explican con mayor profundidad la actividad humana; las ciencias históricas contribuyen mucho a que las cosas se vean bajo el aspecto de su mutabilidad y evolución, los hábitos de vida y las costumbres tienden a uniformarse más y más; la industrialización de la urbanización y los demás agentes que promuevan la vida comunitaria crean nuevas formas de cultura (cultura de masas), de las que nacen nuevos modos de sentir, actuar y descansar; al mismo tiempo, el creciente intercambio entre las diversas naciones y grupos sociales descubre a todos y a cada uno con creciente amplitud los tesoros de las diferentes formas

de cultura, y así poco a poco se va gestando una forma más universal de cultura, que tanto más promueve y expresa la unidad del género humano cuanto mejor sabe respetar las particularidades de las diversas culturas.

El hombre, autor de la cultura

55. Cada día es mayor el número de los hombres y mujeres, de todo grupo o nación, que tienen conciencia de que son ellos los autores y promotores de la cultura de su comunidad. En todo el mundo crece más y más el sentido de la autonomía y al mismo tiempo de la responsabilidad, lo cual tiene enorme importancia para la madurez espiritual y moral del género humano. Eso se ve más claro si fijamos la mirada en la unificación del mundo y en la tarea que se nos impone de edificar un mundo mejor en la verdad y en la justicia. De esta manera somos testigos de que está naciendo un nuevo humanismo, en el que el hombre queda definido principalmente por la responsabilidad hacia sus hermanos y ante la historia.

Dificultades y tareas actuales en este campo

56. En esta situación no hay que extrañarse de que el hombre, que siente su responsabilidad en orden al progreso de la cultura, alimente una más profunda esperanza, pero al mismo tiempo note con ansiedad las múltiples antinomias existentes, que él mismo debe resolver:

¿Qué debe hacerse para que la intensificación de las relaciones entre las culturas, que debería llevar a un verdadero y fructuoso diálogo entre los diferentes grupos y naciones, no perturbe la vida de las comunidades, no eche por tierra la sabiduría de los antepasados, ni ponga en peligro el genio propio de los pueblos?

¿De qué forma hay que favorecer el dinamismo y la expansión de la nueva cultura sin que perezca la fidelidad viva a la herencia de las tradiciones? Esto es especialmente urgente allí a donde la cultura, nacida del enorme progreso de la ciencia y de la técnica, se ha de compaginar con el cultivo del espíritu, que se alimenta, según diversas tradiciones, de los estudios clásicos.

(1) Cf. la introducción de esta constitución, n. 4ss.

¿Cómo la tan rápida y progresiva dispersión de las disciplinas científicas puede armonizarse con la necesidad de formar su síntesis y de conservar en los hombres las facultades de la contemplación y de la admiración, que llevan a la sabiduría?

¿Qué hay que hacer para que todos los hombres, participen de los bienes culturales en el mundo, si al mismo tiempo la cultura de los especialistas se hace cada vez más inaccesible y compleja?

¿De qué manera, finalmente, hay que reconocer como legítima la autonomía que reclama para sí la cultura, sin llegar a un humanismo meramente terrestre o incluso contrario a la misma religión?

En medio de estas antinomias se ha de desarrollar hoy la cultura humana, de tal manera que cultive equilibradamente a la persona humana íntegra y ayude a los hombres en las tareas a cuyo cumplimiento todos, y de modo principal los cristianos, están llamados, unidos fraternalmente en una sola familia humana.

SECCION 2.- Algunos principios para la sana promoción de la cultura

La fe y la cultura

57. Los cristianos, en marcha hacia la ciudad celeste, deben buscar y gustar las cosas de arriba (2); lo cual en nada disminuye, antes por el contrario aumenta, la importancia de la misión que les incumbe de trabajar con todos los hombres en la edificación de un mundo más humano. En realidad, el misterio de la fe cristiana ofrece a los cristianos valiosos estímulos y ayudas para cumplir con más intensidad su misión y, sobre todo, para descubrir el sentido pleno de esa actividad que sitúa a la cultura en el puesto eminente que le corresponde en la entera vocación del hombre.

(1) Cf. Col 3, 1-2.

El hombre en efecto, cuando con el trabajo de sus manos o con ayuda de los recursos técnicos cultiva la tierra para que produzca frutos y llegue a ser morada digna de toda la familia humana y cuando conscientemente asume su parte en la vida de los grupos sociales, cumple personalmente el plan mismo de Dios, manifestado a la humanidad al comienzo de los tiempos, de someter la tierra (3) y perfeccionar la creación, y al mismo tiempo se perfecciona a sí mismo; más aún, obedece al gran mandamiento de Cristo de entregarse al servicio de los hermanos.

Además, el hombre, cuando se entrega a los diferentes disciplinas de la filosofía, la historia, las matemáticas y las ciencias naturales y se dedica a las artes, puede contribuir sobremanera a que la familia humana se eleve a los más altos pensamientos sobre la verdad, el bien y la belleza y al juicio del valor universal, y así sea iluminada mejor por la maravillosa Sabiduría, que desde siempre estaba con Dios disponiendo todas las cosas con El, jugando en el orbe de la tierra y encontrando sus delicias en estar entre los hijos de los hombres (4).

Con todo lo cual el espíritu humano, más libre de la esclavitud de las cosas, puede ser elevado con mayor facilidad al culto mismo y a la contemplación del Creador. Más todavía, con el impulso de la gracia se dispone a reconocer al Verbo de Dios, que antes de hacerse carne para salvarlo todo y recapitular todo en El, estaba en el mundo como luz verdadera que ilumina a todo hombre (Io I, 9) (5).

Es cierto que el progreso actual de las ciencias y de la técnica, las cuales, debido a su método, no pueden penetrar hasta las íntimas esencias de las cosas, puede favorecer cierto fenomenismo y agnosticismo cuando el método de investigación acaso por estas disciplinas se considera sin razón como la regla suprema para hallar toda la verdad.

(3) Cf. Gen I, 28

(4) Cf. Prov. 8, 30-31.

(5) Cf. San Ireneo, Adv. haer. III II,8; ed. Sagnard, p. 200, cf. ibid, 16,6: p. 200-292; 21, 10-22: o. 370-372 22, 3: p. 378, etc.

Es más, hay el peligro de que el hombre, confiado con exceso en los inventos actuales, crea que se basta a sí mismo y deje de buscar ya cosas más altas.

Sin embargo, estas lamentables consecuencias no son efectos necesarios de la cultura contemporánea ni deben hacernos caer en la tentación de no reconocer los valores positivos de ésta. Entre tales valores se cuentan: el estudio de las ciencias y la exacta fidelidad a la verdad en las investigaciones científicas, la necesidad de trabajar conjuntamente en equipos técnicos, el sentido de la solidaridad internacional, la conciencia cada vez más intensa de la responsabilidad de los peritos para la ayuda y la protección de los hombres, la voluntad de lograr condiciones de vida más aceptables para todos, singularmente para los que padecen privación de responsabilidad o indigencia cultural. Todo lo cual puede aportar alguna preparación para recibir el mensaje del Evangelio, la cual puede ser informada con la caridad divina por Aquel que vino a salvar el mundo.

Múltiples conexiones entre la buena nueva de Cristo y la cultura

58. Múltiples son los vínculos que existen entre el mensaje de salvación y la cultura humana. Dios, en efecto, al revelarse a su pueblo hasta la plena manifestación de sí mismo en el Hijo encarnado, habló según los tipos de cultura propios de cada época.

De igual manera, la Iglesia, al vivir durante el transcurso de la historia en variedad de circunstancias, ha empleado los hallazgos de las diversas culturas para difundir y explicar el mensaje de Cristo en su predicación a todas las gentes, para investigarlo y comprenderlo con mayor profundidad, para expresarlo mejor en la celebración litúrgica y en la vida de la multiforme comunidad de los fieles.

Pero al mismo tiempo, la Iglesia, enviada a todos los pueblos sin distinción de épocas y regiones, no está ligada de manera exclusiva e indisoluble a raza o nación alguna, a algún sistema particular de vida, a costumbre alguna antigua o reciente. Fiel a su propia tradición y consciente a

la vez de la universalidad de su misión, puede entrar en comunión con las diversas formas de cultura, comunión que enriquece al mismo tiempo a la propia Iglesia y a las diferentes culturas.

La buena nueva de Cristo renueva constantemente la vida y la cultura del hombre caído, combate y elimina los errores y males que provienen de la seducción permanente del pecado. Purifica y eleva incesantemente la moral de los pueblos. Con las riquezas de lo alto fecunda como desde sus entrañas las cualidades espirituales y las tradiciones de cada pueblo y de cada edad, las consolida, perfecciona y restaura en Cristo (6). Así, la Iglesia, cumpliendo su misión propia (7), contribuye, por lo mismo, a la cultura humana y la impulsa, y con su actividad incluida la litúrgica, educa al hombre en la libertad interior.

Hay que armonizar diferentes valores en el seno de las culturas

59. Por las razones expuestas, la Iglesia recuerda a todos que la cultura debe estar subordinada a la perfección integral de la persona humana, al bien de la comunidad y de la sociedad humana entera. Por lo cual es preciso cultivar el espíritu de tal manera que se promueva la capacidad de admiración, de intuición, de contemplación y de formarse un juicio personal, así como el poder cultivar el sentido religioso, moral y social.

Porque la cultura, por dimanar inmediatamente de la naturaleza racional y social del hombre, tiene siempre necesidad de una justa libertad para desarrollarse y de una legítima autonomía en el obrar según sus propios principios. Tiene, por tanto, derecho al respeto y goza de una cierta

(6) Cf. Eph 1, 10.

(7) Cf. las palabras de Pío XI al profesor Roland-Gosselin: "Il ne faut jamais perdre de vue que l'objectif de l'Eglise est d'évangéliser et non de civiliser. Si elle civilise, c'est par l'évangélisation" (Semaines sociales de France (Versalles 1936) p.461-462).

inviolabilidad, quedando evidentemente a salvo los derechos de la persona y de la sociedad, particular o mundial, dentro de los límites del bien común.

El sagrado Sínodo, recordando lo que enseñó el Concilio Vaticano I, declara que "existen dos ordenes de conocimiento" distintos, el de la fe y el de la razón; y que la Iglesia no prohíbe que "las artes y las disciplinas humanas gocen de sus propios principios y de su propio método. . . , cada una en su propio campo"; por lo cual, "reconociendo esta justa libertad", la Iglesia afirma la autonomía legítima de la cultura humana, y especialmente la de las ciencias (8).

Todo esto pide también que el hombre, salvados el orden moral y la común utilidad, pueda investigar libremente la verdad y manifestar y propagar su opinión, lo mismo que practicar cualquier ocupación, y, por último, que se le informe verazmente acerca de los sucesos públicos (9).

A la autoridad pública compete no el determinar el carácter propio de cada cultura, sino el fomentar las condiciones y los medios para promover la vida cultural entre todos aun dentro de las minorías de alguna nación (10). Por ello hay que insistir sobre todo en que la cultura, apartada de su propio fin, no sea forzada a servir al poder político o económico.

SECCION 3.- Algunas obligaciones más urgentes de los cristianos respecto a la cultura

El reconocimiento y ejercicio efectivo del derecho personal a la cultura

60. Hoy día es posible liberar a muchísimos hombres de la miseria de la ignorancia. Por ello, uno de los deberes

más propios de nuestra época, sobre todo de los cristianos, es el de trabajar con ahínco para que tanto en la economía como en la política, así en el campo nacional como en el internacional, se den las normas fundamentales para que se reconozca en todas partes y se haga efectivo el derecho de todos a la cultura, exigido por la dignidad de la persona, sin distinción de raza, sexo, nacionalidad, religión o condición social. Es preciso, por lo mismo, procurar a todos una cantidad suficiente de bienes culturales, principalmente de los que constituyen la llamada cultura "básica", a fin de evitar que un gran número de iniciativa, de prestar su cooperación auténticamente humana al bien común.

Se debe tender a que quienes están bien dotados intelectualmente tengan la posibilidad de llegar a los estudios superiores; y ello de tal forma que, en la medida de lo posible, puedan desempeñar en la sociedad las funciones, tareas y servicios que correspondan a su aptitud natural y a la competencia adquirida (11). Así podrán todos los hombres y todos los grupos sociales de cada pueblo alcanzar el pleno desarrollo de su vida cultural de acuerdo con sus cualidades y sus propias tradiciones

Es preciso, además, hacer todo lo posible para que cada cual adquiera conciencia del derecho que tiene a la cultura y del deber que sobre él pesa de cultivarse a sí mismo y de ayudar a los demás. Hay a veces situaciones en la vida laboral que impiden el esfuerzo de superación cultural del hombre y destruyan en éste el afán por la cultura. Esto se aplica de modo especial a los agricultores y a los obreros, a los cuales es preciso procurar tales condiciones de trabajo, que, lejos de impedir su cultura humana, la fomenten. Las mujeres ya actúan en casi todos los campos de la vida, pero es conveniente que puedan asumir con plenitud su papel según su propia naturaleza. Todos deben contribuir a que se reconozca y promueva la propia y necesaria participación de la mujer en la vida cultural.

(11) Cf. Juan XXIII, enc. *Pacem in terris*: AAS 55 (1963) 260.

(8) Conc. Vat. I, const. dogm. de fe católica *Dei Filius* c.a: Lienz 1795-1799 (3015-3010). Cf. Pío XI, enc. *Quadragesimo anno*: AAS 23 (1931) 190.

(9) Cf. Juan XXIII, enc. *Pacem in terris*: AAS 55 (1963) 260.

(10) Cf. Juan XXIII, enc. *Pacem in terris*: AAS 55 (1963) 283. Pío XII, Mensaje radiofónico, 24 dic. 1941: AAS 34 (1942) 16-17.

La educación para la cultura integra del hombre

61. Hoy día es más difícil que antes sintetizar las varias disciplinas y ramas del saber. Porque, al crecer el acervo y la diversidad de elementos que constituyen la cultura, disminuye al mismo tiempo la capacidad de cada hombre para captarlos y armonizarlos orgánicamente, de forma que cada vez se va desdibujando más la imagen del hombre universal. Sin embargo, queda en pie para cada hombre el deber de conservar la estructura de toda la persona humana, en la que destacan los valores de la inteligencia, voluntad, conciencia y fraternidad, todos los cuales se basan en Dios Creador y han sido sanados y elevados maravillosamente en Cristo.

La madre nutricia de esta educación es ante todo la familia: en ella los hijos, en un clima de amor, aprenden juntos con mayor facilidad la recta jerarquía de las cosas, al mismo tiempo que se imprimen de modo como natural en el alma de los adolescentes formas probadas de cultura a medida que van creciendo.

Para esta misma educación las sociedades contemporáneas disponen de recursos que pueden favorecer la cultura universal, sobre todo dada la creciente difusión del libro y los nuevos medios de comunicación cultural y social. Pues con la disminución ya generalizada del tiempo de trabajo aumentan para muchos hombres las posibilidades. Empléense los descansos oportunamente para distracción del ánimo y para consolidar la salud del espíritu y del cuerpo, ya sea entregándose a actividades o a estudios libres, ya a viajes por otras regiones (turismo), con los que se afina el espíritu y los hombres se enriquecen con el mutuo conocimiento; ya con ejercicios y manifestaciones deportivas, que ayudan a conservar el equilibrio espiritual, incluso en la comunidad, y a establecer relaciones fraternas entre los hombres de todas las clases, naciones y razas. Cooperen los cristianos también para que las manifestaciones y actividades culturales colectivas, propias de nuestro tiempo, se humanicen y se impregnen de espíritu cristiano.

Todas estas posibilidades no pueden llevar la educación del hombre al pleno desarrollo cultural de sí mismo, si al mismo tiempo se descuida el preguntarse a fondo por el sentido de la cultura y de la ciencia para la persona humana.

Acuerdo entre la cultura humana y la educación cristiana

62. Aunque la Iglesia ha contribuido mucho al progreso de la cultura, consta, sin embargo, por experiencia que por causas contingentes no siempre se ve libre de dificultades el compaginar la cultura con la educación cristiana.

Estas dificultades no dañan necesariamente a la vida de fe por el contrario, pueden estimular la mente a una más cuidadosa y profunda inteligencia de aquélla. Puesto que los más recientes estudios y los nuevos hallazgos de las ciencias, de la historia y de la filosofía suscitan problemas nuevos que traen consigo consecuencias prácticas e incluso reclaman nuevas investigaciones teológicas. Por otra parte, los teólogos, guardando los métodos y las exigencias propias de la ciencia sagrada, están invitados a buscar siempre un modo más apropiado de comunicar la doctrina a los hombres de su época; porque una cosa es el depósito mismo de la fe, o sea sus verdades, y otra cosa es el modo de formularlas, conservando el mismo sentido y el mismo significado (12). Hay que reconocer y emplear suficientemente en el trabajo pastoral no sólo los principios teológicos, sino también los descubrimientos de las ciencias profanas, sobre todo en psicología y en sociología, llevando así a los fieles a una más pura y madura vida de fe.

También la literatura y el arte son, a su modo, de gran importancia para la vida de la Iglesia. En efecto, se proponen expresar la naturaleza propia del hombre, sus problemas y sus experiencias en el intento de conocerse

(12) Cf. Juan XXIII, Homilía en la apertura del Concilio, II de oct. de 1962 AAS 54 (1962) 792.

mejor a sí mismo y al mundo y de superarse; se esfuerzan por descubrir la situación del hombre en la historia y en el universo, por presentar claramente las miserias y las alegrías de los hombres, sus necesidades y sus recursos, y por bosquejar un mejor porvenir a la humanidad. Así tienen el poder de elevar la vida humana en las múltiples formas que ésta reviste según los tiempos y las regiones.

Por tanto, hay que esforzarse para que los artistas se sientan comprendidos por la Iglesia en sus actividades y, gozando de una ordenada libertad, establezcan contactos más fáciles con la comunidad cristiana. También las nuevas formas artísticas, que convienen a nuestros contemporáneos según la índole de cada nación o región, sean reconocidas por la Iglesia. Recíbanse en el santuario, cuando elevan la mente a Dios, con expresiones acomodadas y conforme a las exigencias de la liturgia (13).

De esta forma, el conocimiento de Dios se manifiesta mejor y la predicación del Evangelio resulta más transparente a la inteligencia humana y aparece como embebida en las condiciones de vida.

Vivan los fieles en muy estrecha unión con los demás hombres de su tiempo y esfuércese por comprender su manera de pensar y de sentir, cuya expresión es la cultura. Compaginen los conocimientos de las nuevas ciencias y doctrinas y de los más recientes descubrimientos con la moral cristiana y con la enseñanza de la doctrina cristiana, para que la cultura religiosa y la rectitud de espíritu vayan en ellos al mismo paso que el conocimiento de las ciencias y de los diarios progresos de la técnica; así se capacitarán para examinar e interpretar todas las cosas con íntegro sentido cristiano.

Los que se dedican a las ciencias teológicas en los seminarios y universidades, empuñen en colaborar con los

(13) Cf. Concilio Vaticano II, constitución de liturgia *Sacrosanctum Concilium* n. 123: AAS 56 (1964) 131; Pablo VI, Discurso a los artistas romanos 7 mayo 1964: AAS 56 (1964) 439-42.

hombres versados en las otras materias, poniendo en común sus energías y puntos de vista. La investigación teológica siga profundizando en la verdad revelada sin perder contacto con su tiempo, a fin de facilitar a los hombres cultos en los diversos ramos del saber un más pleno conocimiento de la fe. Esta colaboración será muy provechosa para la formación de los ministros sagrados, quienes podrán presentar a nuestros contemporáneos la doctrina de la Iglesia acerca de Dios, del hombre y del mundo, de forma más adaptada al hombre contemporáneo y a la vez más gustosamente aceptable por parte de ellos (14). Más aún, es de desear que numerosos laicos reciban una buena formación en las ciencias sagradas, y que no pocos de ellos se dediquen ex professo a estos estudios y profundicen en ellos. Pero para que puedan llevar a buen término su tarea debe reconocerse a los fieles, clérigos o laicos, la justa libertad de investigación de pensamiento y de hacer conocer humilde y valerosamente su manera de ver en los campos que son de su competencia (15).

(14) Cf. Conc. Vat. II II, decr. sobre la formación sacerdotal *Optatum totius* y la declaración sobre la educación cristiana *Gravissimum educationis*.

(15) Cf. Concilio Vaticano II, const. dogm. sobre la Iglesia *Lumen gentium* c.4 n.37: AAS 57 (1965) 42-43.

**DOCUMENTO DE PUEBLA -
III CONFERENCIA GENERAL
DEL EPISCOPADO
LATINOAMERICANO**

Parte II, Capítulo II, Sección 2, nn 385-443

EVANGELIZACION DE LA CULTURA

1. Cultura y Culturas

Nuevo y valioso aporte pastoral de la Exhortación "Evangelii Nuntiandi" es el llamado de Pablo VI a enfrentar la tarea de la evangelización de la cultura y de las culturas (EN 20). 385

Con la palabra "cultura" se indica el modo particular, como, en un pueblo, los hombres cultivan su relación con la naturaleza, entre sí mismos y con Dios (GS 53b) de modo que puedan llegar a "un nivel verdadera y plenamente humano" (GS 53a). Es "el estilo de vida común" (GS 53 c) que caracteriza a los diversos pueblos por ello se había de "pluralidad de culturas" (GS 53 c) (1). 386

La cultura así entendida, abarca la totalidad de la vida de un pueblo: el conjunto de valores que lo animan y de desvalores que lo debilitan y que al ser participados en común por sus miembros, los reúne en base a una misma "conciencia colectiva" (EN 18). La cultura comprende, asimismo, las formas a través de las cuales aquellos valores o desvalores se expresan 387

(1) Cf. EN n. 20

y configuran, es decir, las costumbres, la lengua, las instituciones y estructuras de convivencia social, cuando no son impedidas o reprimidas por la intervención de otras culturas dominantes.

En el cuadro de esta totalidad, la evangelización busca alcanzar la raíz de la cultura, la zona de sus valores fundamentales, suscitando una conversión que pueda ser base y garantía de la transformación de las estructuras y del ambiente social (1).

Lo esencial de la cultura está constituido por la actitud con que un pueblo afirma o niega una vinculación religiosa con Dios, por los valores o desvalores religiosos. Estos tienen que ver con el sentido último de la existencia y radican en aquella zona más profunda, donde el hombre encuentra respuestas a las preguntas básicas y definitivas que lo acosan, sea que se las proporcionen con una orientación positivamente religiosa o, por el contrario, atea. De aquí que la religión o la irreligión sean inspiradoras de todos los restantes órdenes de la cultura —familiar, económico, político, artístico etc.— en cuanto los libera hacia la trascendente o los encierra en suprapio sentido inmanente.

La evangelización, que tiene en cuenta a todo el hombre, busca alcanzarlo en su totalidad, a partir de su dimensión religiosa.

La cultura es una actividad creadora del hombre, con la que responde a la vocación de Dios que le pide perfeccionar toda la creación (Gen.) y en ella sus propias capacidades y cualidades espirituales y corporales (2).

La cultura se va formando y se transforma en base a la continua experiencia histórica y vital de los

(1) Cf. EN 18

(2) Cf. GS 53; 57

pueblos; se transmite a través del proceso de tradición generacional. El hombre, pues, nace y se desarrolla en el seno de una determinada sociedad, condicionado y enriquecido por una cultura particular; la recibe, la modifica creativamente y la sigue transmitiendo. La cultura es una realidad histórica y social (1).

Siempre sometidas a nuevos desarrollos, al recíproco encuentro e interpretación, las culturas pasan, en su proceso histórico, por períodos en que se ven desafiadas por nuevos valores o desvalores, por la necesidad de realización de nuevas síntesis vitales. La Iglesia se siente llamada a estar presente con el Evangelio, particularmente en los períodos en que decaen y mueren viejas formas según las cuales el hombre ha organizado sus valores y su convivencia, para dar lugar a nuevas síntesis (2). Es mejor evangelizar las nuevas formas culturales en su mismo nacimiento y no cuando ya están crecidas y estabilizadas. Este es el actual desafío global que enfrenta la Iglesia ya que “se puede hablar con razón de una nueva época de la historia humana” (GS 54). Por esto, la Iglesia latinoamericana busca dar un nuevo impulso a la evangelización en nuestro Continente.

2. Opción pastoral de la Iglesia latinoamericana: la evangelización de la propia cultura, en el presente y hacia el futuro.

Finalidad de la evangelización

Cristo envió a su Iglesia a anunciar el Evangelio a todos los hombres, a todos los pueblos (3). Puesto que cada hombre nace en el seno de una cultura, la Iglesia busca alcanzar, con su acción evangelizadora, no solamente al individuo sino a la cultura del pue-

(1) Cf. GS 53

(2) Cf. GS 5

(3) Cf. Mt 28, 19; Mc 16, 15

blo (1). Trata de "alcanzar y transformar, con la fuerza del Evangelio, los criterios de juicio, los valores determinantes, los puntos de interés, las líneas de pensamiento, las fuentes inspiradoras y los modelos de vida de la humanidad, que están en contraste con la Palabra de Dios y con el designio de salvación. Podríamos expresar todo esto diciendo: "lo que importa es evangelizar - no de una manera decorativa, como un barniz superficial, sino de manera vital en profundidad y hasta sus mismas raíces la cultura y las culturas del hombre" (EN 19-20).

Opción pastoral

La acción evangelizadora de nuestra Iglesia latinoamericana ha de tener como meta general la constante renovación y transformación evangélica de nuestra cultura. Es decir, la penetración por el Evangelio, de los valores y criterios que la inspiran, la conversión de los hombres que viven según esos valores y el cambio que, para ser más plenamente humanas, requieren las estructuras en que aquellos viven y se expresan. 395

Para ello, es de primera importancia atender a la religión de nuestros pueblos, no sólo asumiéndola como objeto de evangelización sino también, por estar ya evangelizada, como fuerza activamente evangelizadora. 396

3. Iglesia, Fe y Cultura

Amor a los pueblos y conocimiento de su cultura

Para desarrollar su acción evangelizadora con realismo, la Iglesia ha de conocer la cultura de América Latina. Pero parte, ante todo, de una profunda actitud de amor a los pueblos. De esta suerte, no sólo por vía científica, sino también por la connatural capacidad de comprensión afectiva que da el 397

amor, podrá conocer y discernir las modalidades propias de nuestra cultura, sus crisis y desafíos históricos y solidarizarse, en consecuencia, con ella en el seno de su historia (1).

Un criterio importante que ha de guiar a la Iglesia en su esfuerzo de conocimiento es el siguiente: hay que atender hacia dónde se dirige el movimiento general de la cultura más que a sus enclaves detenidos en el pasado; a las expresiones actualmente vigentes más que a las meramente folklóricas. 398

La tarea de la evangelización de la cultura en nuestro continente debe ser enfocada sobre el telón de fondo de una arraigada tradición cultural, desafiada por el proceso de cambio cultural que América Latina y el mundo entero vienen viviendo en los tiempos modernos y que actualmente llega a su punto de crisis. 399

Encuentro de la fe con las culturas

La Iglesia, Pueblo de Dios, cuando anuncia el Evangelio y los pueblos acogen la fe, se encarna en ellos y asume sus culturas. Instaura así, no una identificación sino una estrecha vinculación con ella. Por una parte, en efecto, la fe transmitida por la Iglesia es vivida a partir de una cultura presupuesta, esto es, por creyentes "vinculados profundamente a una cultura y la construcción del Reino no puede por menos de tomar los elementos de la cultura y de las culturas humanas" (2). Por otra parte permanece válido, en el orden pastoral, el principio de encarnación formulado por San Ireneo: "lo que no es asumido no es redimido". 400

El principio general de encarnación se concreta en diversos criterios particulares:

(1) Cf. OA 1

(2) Cf. EN 20

(1) Cf. EN 18

Las culturas no son terreno vacío, carente de auténticos valores. La evangelización de la Iglesia no es un proceso de destrucción, sino de consolidación y fortalecimiento de dichos valores una contribución al crecimiento de los "gérmenes del Verbo" presentes en las culturas (1).

Con mayor interés asume la Iglesia los valores específicamente cristianos que encuentra en los pueblos ya evangelizados y que son vividos por estos según su propia modalidad cultural.

La Iglesia parte, en su evangelización, de aquellas semillas esparcidas por Cristo y de estos valores, frutos de su propia evangelización.

Todo esto implica que la Iglesia —obviamente la Iglesia particular— se esmere en adaptarse, realizando el esfuerzo de un trasvasamiento del mensaje evangélico al lenguaje antropológico y a los símbolos de la cultura en la que se inserta (2).

La Iglesia, al proponer la Buena Nueva, denuncia y corrige la presencia del pecado en las culturas; purifica y exorciza los desvalores. Establece por consiguiente, una crítica de las culturas. Ya que al reverso del anuncio del Reino de Dios es la crítica de las idolatrías, esto es, de los valores erigidos en ídolos o de aquellos valores que, sin serlo, una cultura asume como absolutos. La Iglesia tiene la misión de dar testimonio del "verdadero Dios y del único Señor".

Por lo cual, no puede ver como un atropello, la evangelización que invita a abandonar falsas concepciones de Dios, conductas antinaturales y aberrantes manipulaciones del hombre por el hombre (3).

(1) Cf. GS 57

(2) Cf EN 53, 62, 63; GS 58; DT 420-423.

(3) Cf. DT 424

La tarea específica de la evangelización consiste en "anunciar a Cristo" (1) e invitar a las culturas no a quedar bajo un marco eclesiástico, sino a acoger por la fe, el señorío espiritual de Cristo, fuera de cuya verdad y gracia no podrán encontrar su plenitud. De este modo, por la evangelización, la Iglesia busca que las culturas sean renovadas, elevadas y perfeccionadas por la presencia activa del Resucitado, centro de la historia, y de su Espíritu, (EN 18, 20, 23. GS 58d; 61a).

4. Evangelización de la cultura en América Latina

Hemos indicado los criterios fundamentales que orientan la acción evangelizadora de las culturas.

Nuestra Iglesia, por su parte, realiza dicha acción en esta particular área humana de América Latina. Su proceso histórico cultural ha sido ya descrito. (Cf. I parte).

Retomamos ahora brevemente los principales datos establecidos en la primera parte de este Documento, para poder discernir los desafíos y problemas que el momento presente plantea a la evangelización.

Tipos de cultura y etapas del proceso cultural

América Latina tiene su origen en el encuentro de la raza hispanolusitana con las culturas precolombinas y las africanas. El mestizaje racial y cultural ha marcado fundamentalmente este proceso y su dinámica indica que lo seguirá marcando en el futuro.

Este hecho no puede hacernos desconocer la persistencia de diversas culturas indígenas o afro-americanas en estado puro y la existencia de grupos con diversos grados de integración nacional.

(1) Cf EN 53

Posteriormente, durante los dos últimos siglos, 411
afluyen nuevas corrientes inmigratorias, sobre todo en
el Cono Sur, las cuales aportan modalidades propias,
integrándose básicamente al sedimento cultural pre-
yacente.

En la primera época, del siglo XVI al XVIII, se 412
echan las bases de la cultura latinoamericana y de su
real sustrato católico. Su evangelización fue suficien-
temente profunda para que la fe pasara a ser cons-
titutiva de su ser y de su identidad, otorgándole la
unidad espiritual que subsiste pese a la ulterior divi-
sión en diversas naciones, y a verse afectada por
desgarramientos en el nivel económico, político y
social.

Esta cultura, impregnada de fe y con frecuencia sin 413
una conveniente catequesis, se manifiesta en las acti-
tudes propias de la religión de nuestro pueblo, pene-
tradas de un hondo sentido de la trascendencia y,
a la vez, de la cercanía de Dios. Se traduce en una
sabiduría popular con rasgos contemplativos, que
orienta el modo peculiar como nuestros hombres
viven su relación con la naturaleza y con los demás
hombres en un sentido del trabajo y de la fiesta, de
la solidaridad, de la amistad y el parentesco. También
en el sentimiento de su propia dignidad, que no
ven disminuía por su vida pobre y sencilla.

Es una cultura que, conservada de un modo más 414
vivo y articulador de toda la existencia en los sec-
tores pobres, está sellada particularmente por el co-
razón y su intuición. Se expresa, no tanto en las ca-
tegorías y organización mental características de las
ciencias, cuanto en la plasmación artísticas, en la pie-
dad hecha vida y en los espacios de convivencia soli-
daria.

Esta cultura, la mestiza primero y luego, paulati- 415
namente, la de los diversos enclaves indígenas y afro-
americanos, comienza desde el siglo XVIII, a sufrir el
impacto del advenimiento de la civilización urbano-

industrial, dominada por lo físico-matemático y por
la mentalidad de eficiencia.

Esta civilización está acompañada por fuertes ten- 416
dencias a la personalización y a la socialización. Pro-
duce una acentuada aceleración de la historia que exi-
ge a todos los pueblos gran esfuerzo de asimilación
y creatividad, si no quieren que sus culturas queden
postergadas o aún eliminadas.

La cultura urbano-industrial, con su consecuencia 417
de intensa proletarización de sectores sociales y has-
ta de diversos pueblos, es controlada por las grandes
potencias poseedoras de la ciencia y de la técnica. Di-
cho proceso histórico tiende a agudizar cada vez más
el problema de la dependencia y de la pobreza.

El advenimiento de la civilización urbano-industrial 418
acarrea también problemas en el plano ideológico y
llega a amenazar las mismas raíces de nuestra cultura,
ya que dicha civilización nos llega, de hecho, en su
real proceso histórico, impregnada de racionalismo
e inspirada en dos ideologías dominantes: el libera-
lismo y el colectivismo marxista. En ambas anida la
tendencia no sólo a una legítima y deseable seculari-
zación sino también al "secularismo".

En el cuadro de este proceso histórico surgen en 419
nuestro continente fenómenos y problemas particu-
lares e importantes: la intensificación de las migra-
ciones y de los desplazamientos de población del agro
hacia la ciudad; la presencia de fenómenos religiosos
como el de la invasión de sectas, que no por aparecer
marginales, el evangelizador puede desconocer el
enorme influjo de los Medios de Comunicación So-
cial como vehículos de nuevas pautas y modelos cul-
turales el anhelo de la mujer por su promoción, de
acuerdo con su dignidad y peculiaridad en el conjunto
de la sociedad; la emergencia de un mundo obrero
que será decisivo en la nueva configuración de nues-
tra cultura.

La acción evangelizadora: desafíos y problemas

Los hechos recién indicados marcan los desafíos que ha de enfrentar la Iglesia. En ellos se manifiestan los signos de los tiempos, los indicadores del futuro hacia donde va el movimiento de la cultura. La Iglesia debe discernirlos, para poder consolidar los valores y derrocar los ídolos que alientan este proceso histórico. 420

La adveniente cultura universal

La cultura urbano-industrial, inspirada por la mentalidad científico-técnica, impulsada por las grandes potencias y marcada por las ideologías mencionadas, pretende ser universal. Los pueblos, las culturas particulares los diversos grupos humanos, son invitados, más aún, constreñidos a integrarse en ella. 421

En América Latina esta tendencia reactualiza el problema de la integración de las etnias indígenas en el cuadro político y cultural de las naciones, precisamente por verse éstas compelidas a avanzar hacia un mayor desarrollo, a ganar nuevas tierras y brazos para una producción más eficaz; para poder integrarse con mayor dinamismo en el curso acelerado de la civilización universal. 422

Los niveles que presenta esta nueva universalidad son distintos: el de los elementos científicos y técnicos como instrumentos de desarrollo; el de ciertos valores que se ven acentuados, como los del trabajo y de una mayor posesión de bienes de consumo; el de un "estilo de vida" total que lleva consigo una determinada jerarquía de valores y preferencias. 423

En esta encrucijada histórica, algunos grupos étnicos y sociales se repliegan, defendiendo su propia cultura, en un aislacionismo infructuoso; otros, en cambio, se dejan absorber fácilmente por los estilos de vida que instaura el nuevo tipo de cultura universal. 424

La Iglesia, en su tarea evangelizadora, procede con fino y laborioso discernimiento. Por sus propios principios evangélicos, mira con satisfacción los impulsos de la humanidad hacia la integración y la comunión universal. En virtud de su misión específica, se siente enviada, no para destruir sino para ayudar a las culturas a consolidarse en su propio ser e identidad, convocando a los hombres de todas las razas y pueblos a reunirse, por la fe, bajo Cristo, en el mismo y único Pueblo de Dios. 425

La Iglesia promueve y fomenta incluso lo que va más allá de esta unión católica en la misma fe y que se concreta en formas de comunión entre las culturas y de integración justa en los niveles económico, social y político. 426

Pero ella pone en cuestión, como es obvio, aquella "universalidad", sinónimo de nivelación y uniformidad, que no respeta las diferentes culturas, debilitándolas, absorbiéndolas o eliminándolas. Con mayor razón la Iglesia no acepta aquella instrumentación de la universalidad que equivale a la unificación de la humanidad por vía de una injusta e hiriente supremacía y dominación de unos pueblos o sectores sociales sobre otros pueblos y sectores. 427

La Iglesia de América Latina se propone reanudar con renovado vigor la evangelización de la cultura de nuestros pueblos y de los diversos grupos étnicos para que germine o sea reavivada la fe evangélica y para que ésta, como base de comunión, se proyecte hacia formas de integración justa en los cuadros respectivos de una nacionalidad, de una gran patria latinoamericana y de una integración universal que permita a nuestros pueblos el desarrollo de su propia cultura, capaz de asimilar de modo propio los hallazgos científicos y técnicos. 428

La ciudad

En el tránsito de la cultura agraria a la urbano-industrial, la ciudad se convierte en motor de la nueva civilización universal. Este hecho requiere un nuevo discernimiento por parte de la Iglesia. Globalmente, debe inspirarse en la visión de la Biblia, la cual a la vez que comprueba positivamente la tendencia de los hombres a la creación de ciudades donde convivir de un modo más asociado y humano, es crítica de la dimensión inhumana y del pecado que se origina en ellas. 429

Por lo mismo, en las actuales circunstancias, la Iglesia no alienta el ideal de la creación de megápolis que se toman irremediablemente inhumanas, como tampoco de una industrialización excesivamente acelerada que las actuales generaciones tengan que pagar a costo de su misma felicidad, con sacrificios desproporcionados. 430

Por otra parte, reconoce que la vida urbana y el cambio industrial ponen al descubierto problemas hasta ahora no conocidos. En su seno se trastornan los modos de vida y las estructuras habituales de la existencia: la familia, la vecindad, la organización del trabajo. Se trastornan, por lo mismo, las condiciones de vida del hombre religioso, de los fieles y de la comunidad cristiana (1). 431

Las anteriores características constituyen rasgos del llamado "proceso de secularización", ligado evidentemente a la emergencia de la ciencia y de la técnica y a la urbanización creciente.

No hay por qué pensar que las formas esenciales de la conciencia religiosa estén exclusivamente ligadas con la cultura agraria. Es falso que el paso a la civili-

zación urbano-industrial acarrea necesariamente la abolición de la religión. Sin embargo, constituye un evidente desafío, al condicionar con nuevas formas y estructuras de vida, la conciencia religiosa y la vida cristiana.

La Iglesia se encuentra así ante el desafío de renovar su evangelización, de modo que pueda ayudar a los fieles a vivir su vida cristiana en el cuadro de los nuevos condicionamientos que la sociedad urbano-industrial crea para la vida de santidad; para la oración y la contemplación; para las relaciones entre los hombres, que se tornan anónimas y arraigadas en lo meramente funcional; para una nueva vivencia del trabajo, de la producción y del consumo. 433

El secularismo

La Iglesia asume el proceso de secularización en el sentido de una legítima autonomía de lo secular como justo y deseable según lo entienden la GS y la EN (1). Sin embargo, el paso a la civilización urbano-industrial, considerado no en abstracto sino en su real proceso histórico occidental, viene inspirado por la ideología que llamamos "secularismo". 434

En su esencia, el secularismo separa y opone al hombre con respecto a Dios; concibe la construcción de la historia como responsabilidad exclusiva del hombre, considerado en mera inmanencia. Se trata de "una concepción del mundo según la cual este último se explica por sí mismo, sin que sea necesario recurrir a Dios: Dios resultaría, pues, superfluo y hasta un obstáculo. Dicho secularismo, para reconocer el poder del hombre, acaba por sobrepasar a Dios e incluso por renegar de El. Nuevas formas de ateísmo —un ateísmo antropocéntrico, no ya abstracto

(1) Cf. OA 10

(1) GS 36; EN 55

y metafísico sino práctico y militante— parecen desprenderse de él. En unión con este secularismo ateo se nos propone todos los días, bajo las formas más distintas, una civilización de consumo el hedonismo erigido en valor supremo, una voluntad de poder y de dominio, de discriminaciones de todo género; constituyen otras tantas inclinaciones inhumanas de este 'humanismo' (EN 55).

La Iglesia, pues, en su tarea de evangelizar y sus- 436
citar la fe en Dios, Padre Providente y en Jesucristo, activamente presente en la historia humana, experimenta un enfrentamiento radical con este movimiento secularista. Ve en él una amenaza a la fe y a la misma cultura de nuestros pueblos latinoamericanos. Por eso, uno de los fundamentales cometidos del nuevo impulso evangelizador ha de ser actualizar y reorganizar el anuncio del contenido de la evangelización partiendo de la misma fe de nuestros pueblos, de modo que éstos puedan asumir los valores de la nueva civilización urbano-industrial, en una síntesis vital cuyo fundamento siga siendo la fe en Dios y no el ateísmo, consecuencia lógica de la tendencia secularista.

Conversión y estructuras

Se ha señalado la incoherencia entre la cultura de nuestros pueblos, cuyos valores están impregnados de fe cristiana, y la condición de pobreza en que a menudo permanecen retenidos injustamente.

Sin duda las situaciones de injusticia y de pobreza 437
aguda son un índice acusador de que la fe no ha tenido la fuerza necesaria para penetrar los criterios y las decisiones de los sectores responsables del liderazgo ideológico y de la organización de la convivencia social y económica de nuestros pueblos. En pueblos de arraigada fe cristiana se han impuesto estructuras generadoras de injusticia. Estas que están en conexión con el proceso de expansión del capitalismo liberal y que en algunas partes se trans-

forman en otras inspiradas por el colectivismo marxista, nacen de las ideologías de culturas dominantes y son incoherentes con la fe propia de nuestra cultura popular.

La Iglesia llama, pues, a una renovada conversión 438
en el plano de los valores culturales, para que desde allí se impregnen las estructuras de convivencia con espíritu evangélico. Al llamar a una revitalización de los valores evangélicos urge a una rápida y profunda transformación de las estructuras, ya que éstas están llamadas, por su misma naturaleza, a contener el mal que nace del corazón del hombre, y que se manifiesta también en forma social y a servir como condiciones pedagógicas para una conversión interior, en el plano de los valores (1).

Otros problemas

En el marco de esta situación general y de sus de- 439
safíos globales, se inscriben algunos problemas particulares de importancia que la Iglesia ha de atender en su nuevo impulso evangelizador. Estos son: la organización de una adecuada catequesis partiendo de un debido conocimiento de las condiciones culturales de nuestros pueblos y de una compenetración con su estilo de vida, con suficientes agentes pastorales autóctonos y diversificados, que satisfagan el derecho de nuestros pueblos y de nuestros pobres a no quedar sumidos en la ignorancia o en niveles de formación rudimentarios de su fe.

Un planteamiento crítico y constructivo del sis- 440
tema educativo en América Latina.

La necesidad de trazar criterios y caminos, basados 441
en la experiencia y la imaginación, para una pastoral de la ciudad, donde se gestan los nuevos modos de

(1) Cf, Med Pastoral 6, 2

cultura, a la vez que el anuncio del esfuerzo evangelizador y promotor de los grupos indígenas y afro-americanos.

La instauración de una nueva presencia evangelizadora de la Iglesia en el mundo obrero, en las élites intelectuales y entre las artísticas. 442

El aporte humanista y evangelizador de la Iglesia para la promoción de la mujer, conforme a su propia identidad específica. 443

DOCUMENTO 4

CREACION DE LA SECCION DE CULTURA EN EL CELAM

Durante la XX Asamblea Ordinaria como uno de los puntos especiales estuvo el proyecto de creación de una nueva Sección en el CELAM dedicada a la Cultura. Mons. Antonio Do Carmo Cheuiche, Obispo Auxiliar de Porto Alegre y Responsable de la Sección de No-Creyentes fue el encargado de presentar la inquietud, la cual justificó ampliamente con la siguiente ponencia:

1. Justificación

- 1.1. Necesidad de un organismo específico que, a ejemplo del Pontificio Consejo para la Cultura, sea instrumento concreto y operativo de la Iglesia Latinoamericana al servicio de nuestras Conferencias Episcopales, para que ella tome conciencia de su responsabilidad frente a la cultura y de las relaciones entre fe y cultura, en todas sus expresiones (Juan Pablo II, Carta al Cardenal Casaroli, por la que se constituye el Pontificio Consejo para la Cultura, 20/5/82).
- 1.2. Necesidad de un organismo específico que ayude a las Conferencias de América Latina a asumir los grandes temas apuntados por el Vaticano II en orden a una sana promoción de la cultura: importancia de la cultura para el pleno desarrollo del hom-

bre, múltiples vínculos entre fe y cultura, recíproco enriquecimiento de la Iglesia y de las diversas culturas y el deber que tiene el cristiano de conocer la cultura de su tiempo (GS 57, 58, 60).

- 1.3. Necesidad de un organismo específico que sirva a las Conferencias en la misión de Evangelizar las culturas, alcanzar y transformar con la fuerza del Evangelio los "criterios de juicio, los valores determinantes, los puntos de interés, las líneas de pensamiento, las fuentes inspiradoras y los modelos de vida", que están en contraste con la Palabra del Señor y el designio de salvación (EN 19, 20; DP 394).
- 1.4. Necesidad de un organismo que se ocupe de una nueva síntesis entre fe y cultura en América Latina, pues una fe que no se hace cultura no ha alcanzado todavía su plenitud vital (Discurso de Juan Pablo II a los miembros del "movimiento eclesial de compromiso con la cultura", 1/9/81).
- 1.5. Necesidad de un organismo que se encargue de promover, a nivel latinoamericano, el diálogo de la Iglesia y las culturas, a fin de facilitar la comunicación cultural de todos los hombres de buena voluntad y para que pueda descubrir hoy que Dios no es rival del hombre (Juan Pablo II, Carta al Cardenal Casaroli, 20/5/82).
- 1.6. Necesidad de un organismo que se encargue específicamente de la opción pastoral de Puebla, y que consiste en la Evangelización de la cultura (DP 395, 428); cultura que si, por una parte ofrece un sustrato católico, presenta, por otra parte, un escandaloso divorcio entre los valores cristianos de nuestros pueblos y las estructuras anti-evangélicas de nuestra sociedad (DP 30).
- 1.7. Necesidad de un organismo que se encargue de aportar a los demás Departamentos y Secciones del CELAM, como a las propias Conferencias Episco-

pales, datos de la realidad cultural latinoamericana (DP 397), de sus expresiones actualmente vigentes (DP 398), de sus tendencias (DP 416, 417, 418), de sus nuevos rumbos (DP 398), en cuanto dice relación a la Evangelización de la Cultura (Juan Pablo II, Discurso al Pontificio Consejo para la Cultura, 18/1/83).

- 1.8. Necesidad de un organismo que se proponga ayudar a nuestras Iglesias a hacerse positivamente presente en períodos críticos de la cultura latinoamericana, en los que, como acaece actualmente, "decaen y mueren viejas formas según las cuales el hombre ha organizado sus valores y su convivencia, para dar lugar a nuevos criterios" (DP 393).

2. Finalidad

- 2.1. Asumir plenamente la misión de la Evangelización de la Cultura, de acuerdo con los criterios señalados en "Evangelii Nuntiandi", la opción pastoral de Puebla y los objetivos propuestos por Juan Pablo II al Pontificio Consejo para la Cultura.
- 2.2. Incentivar la defensa de la dignidad de la persona humana, de sus inalienables derechos y especialmente el derecho a la promoción cultural, ya que la Evangelización de la Cultura contribuye a la promoción de la justicia y el desarrollo humano.
- 2.3. Emprender e impulsar la investigación y el estudio de los nuevos problemas socio-culturales del Continente para su adecuado discernimiento y consecuente solución, a la luz del Evangelio.
- 2.4. Promover el diálogo entre Iglesia y las culturas, en todos sus niveles, aún en aquellos grupos ajenos a la religión y a través de la comunicación cultural con los hombres de buena voluntad.
- 2.5. Colaborar con organismos latinoamericanos, sean ellos de historiadores, de filósofos, de teólogos,

de científicos, de artistas, de intelectuales, y promover su recíproca colaboración.

- 2.6. Estudiar la actual realidad cultural de América Latina, sus orígenes, sus causas, sus características, sus rumbos, así como las situaciones de inculturación y transculturación.
- 2.7. Discernir los valores que animan y los desvalores que desvirtúan la cultura latinoamericana y buscar nuevos caminos para alcanzar y transformar, con la fuerza del Evangelio, los criterios de juicio, los valores determinantes, los puntos de síntesis, las líneas de pensamiento, las fuentes inspiradoras y los modelos de vida que son ajenos al espíritu cristiano.
- 2.8. Promover encuentros, diálogos, seminarios sobre la realidad cultural de América Latina y su adecuada evangelización.
- 2.9. Promover el estudio de las expresiones culturales especialmente de la religiosidad popular de América Latina y sus incidencias en el anuncio y celebración de la Palabra y servicio de la caridad.
- 2.10. Divulgar estudios y trabajos que ayuden a las Conferencias Episcopales en la urgente tarea de la Evangelización de la Cultura.

ANEXO 1

TELEGRAMA DEL CARDENAL CASAROLI

*SCU DE CITTAVATICANO
21261 162 9 1530*

*EMMO SIGNOR CARDINALI PAUL POUPARD
PRESIDENTE PONTIFICIO CONSIGLIO PER LA CULTURA
SCU*

*SUMO PONTIFICE VIU COM APRECO INICIATIVA
PROMOVIDA POR CELAM DO ENCONTRO NO RIO DE
JANEIRO DE REPRESENTANTES DAS DIVERSAS
CONFERENCIAS EPISCOPAIS PAISES DA AMERICA
LATINA PT DESEJA ENVIAR PALABRA ESTIMULO
VOTOS DE QUE SEJA ALCANCADO OBJETIVO DE
SENSIBILIZACAO BUSCA NOVAS PISTAS PARA
PASTORAL DA CULTURA PT OXALA SE CONSIGA
DETECTAR UTILIZAR CONVERGENCIAS LACOS
CULTURAIS PARA FORTALECER VINCULOS DE
FRATERNIDADE ENTRE POVOS COM DIFERENTES
MODOS DE SER ET ESTAR NO MUNDO VG NA UNICA
FAMILIA HUMANA ET DOS CHAMADOS PARA
FORMAR IGREJA UNA VG MANDATADA PARA
LEVAR EVANGELHO TAMBEM AOS DIVINA DA
MENSAGEM CRISTO DESTINADA IMPREGNAR OS
CRITERIOS DE JULGAR OS VALORES QUE CONTAM
OS CENTROS DE INTERESSE AS LINHAS DE*

PENSAMENTO ET OS MODELOS DE VIDA PT
ALMEJANDO POIS QUE DOS TRABALHOS RESULTEM
NOVAS FORMAS PARA SERVICIO DOS HOMENS
SITUADOS NUM CONTINENTE COM RICAS TRADI-
COES CULTURAIS QUE TEEM COM OS HOMENS
DE TODAS LATITUDES COMUN VOCACAO NOBILI-
SSIMA AA UNIAO COM DEUS QUE E' RAZAO MAIS
SUBLIME DA DIGNIDADE PESSOAL VG SANTO
PADRE ENVIA TODOS PARTICIPANTES ET
REPRESENTADOS NO ENCONTRO VG PENHOR DAS
GRACAS DIVINAS BENCAO APOSTOLICA

CARDENAL CASAROLI

ANEXO 2

PARTICIPANTES

1. Sr. Card. Paul Poupard
Arzobispo Titular de Usula
Presidente del Pontificio Consejo para la Cultura
2. Sr. Card. Eugenio de Araújo Sales
Arzobispo de San Sebastián de Río de Janeiro, Brasil
Miembro del Comité de la Presidente del Pontificio Consejo
para la Cultura.
3. Mons. Antonio Quarracino
Obispo de Avellaneda, Argentina
Presidente del CELAM
4. Mons. Felipe Santiago Benítez
Obispo de Villarrica, Paraguay
Primer Vicepresidente del CELAM
5. Mons. Clemente José Carlos Isnard
Obispo de Nova Friburgo, Brasil
Segundo Vicepresidente del CELAM
6. Mons. Darío Castrillón Hoyos
Obispo de Pereira, Colombia
Secretario General del CELAM
7. Mons. Antonio Do Carmo Cheuiche
Obispo Auxiliar de Porto Alegre, Brasil
Responsable de la Sección para la Cultura del CELAM
8. Mons. Luis Eduardo Henríquez
Arzobispo de Valencia, Venezuela
9. Mons. Oscar Alzamora R.
Obispo de Tacna, Perú

10. Mons. Jorge Mario Avila del Aguila
Vicario Apostólico de El Petén, Guatemala
11. Mon. Pablo Galimberti
Obispo de San José de Mayo, Uruguay
12. Mons. Jorge Hourton
Obispo Auxiliar de Santiago, Chile
13. Mons. Eduardo Vicente Mirás
Obispo Auxiliar de Buenos Aires, Argentina
14. Mons. Karl Joseph Romer
Obispo Auxiliar de Río de Janeiro, Brasil
15. Mons. Alberto Lee, O.F.M.
Prefecto Apostólico de Guapi, Colombia

I N D I C E

NOTA PRELIMINAR5

EL ENCUENTRO DE LA IGLESIA CON LAS CULTURAS ACTUALES

Cardenal Paul Poupard7

1. Juan Pablo II: "Abran todos los ámbitos de la cultura a Cristo"7
2. Carta autógrafa del Santo Padre, del 20 de mayo de 19827
3. "El diálogo de la Iglesia con las culturas es un campo vital" (Juan Pablo II)9
4. Evangelii Nuntiandi10
5. El Papa en la UNESCO11
6. "La relación constitutiva del Evangelio con el hombre" (Juan Pablo II)12
7. "Construir la civilización del amor" (Pablo VI)12
8. La cultura, nuevo campo de evangelización13
9. Ocho fines del Pontificio Consejo para la Cultura14
10. El trabajo realizado a través del diálogo con las Conferencias Episcopales16
11. La estructura del Pontificio Consejo para la Cultura ..17

PARA UNA PASTORAL DE LA CULTURA

Monseñor Antonio Quarracino21

1. Introducción21
2. Algunas sugerencias24

CONCLUSIONES29

1. Fundamentos de la Pastoral de la Cultura29
2. Cultura Latinoamericana.....30
3. Campos principales de acción de la Pastoral de la Cultura en Latinoamérica30
4. Sugerencias para la creación de organismos nacionales para la Evangelización de la Cultura.....31
5. Finalidades32

DOCUMENTOS

1. Discurso de Juan Pablo II ante la UNESCO.....35
2. Constitución Pastoral "Gaudium et Spes" del Concilio Vaticano II (Parte II, Capítulo II, NN 53-62).....57
3. Documento de Puebla, III Conferencia General del Episcopado Latinoamericano (Parte II, Capítulo II, Sección 2, NN 385-443)71
4. Creación de la Sección de Cultura en el CELAM.....87

ANEXOS

1. Telegrama del Cardenal Casaroli91
2. Lista de participantes93